



Merceditas Cejuela, la aristocrática niña tan querida en la sociedad madrileña, ya es una mujer. Su belleza brillará este año en los salones. Nosotros queremos sumarnos al número de sus admiradores y al rendirla nuestro homenaje creemos lo mejor reproducir su cara y publicar en la página siguiente a esta, las cuartillas de una inspirada escritora que nos honra con su colaboración.

(Fot. Resines.)

LA NIÑA QUE SE CONVIRTIÓ EN MUJER

MERCEDITAS Cejuela, la preciosa niña tan querida y tan admirada de cuantos la conocen, ha recogido sus bucles de oro, constituyendo la variación de peinado el momento solemne que se llama por tradición «vestirse de largo». Fué en «La Arboleda», magnífica residencia que sus padres poseen en la sierra, donde se operó el milagro de convertir a la encantadora niña de los bucles de oro en la mujercita ideal que pocos días después había de hacer en San Sebastián su presentación en sociedad.

Una vez los Reyes Magos, siempre generosos con ella, trajeron en su cargamento de regalos y juguetes para los niños buenos un teatro, que instalaron en los salones de su casa y se llamó «Teatro Merceditas». En él se celebraron fiestas infantiles de grata memoria, una de las cuales se repitió en el teatro de la Princesa, a beneficio de los niños pobres. Allí desplegaba Merceditas toda su gracia y todo su talento. Yo, y muchos conmigo, la recordarán siempre encarnando el personaje de «Príncipe Azul», el Príncipe Azul más bello que pudo imaginar la fantasía de los narradores de los Cuentos de Hadas. Al verla tan bonita pensé cómo sería al cabo de unos años, y al oírle decir con vocécita dulce la frase de Benavente: «Esta es la que merece ser mi Princesa», pensé en el Príncipe Azul que un día había de ofrendarle su amor por buena y por

hermosa; hermosura y bondad que bien se comprobaban aquella tarde; porque supe después que, mientras en la sala se admiraban la corrección de sus facciones, su espléndido atavío y su modo de decir, en las localidades altas, ocupadas por la servidumbre de los niños que tomaban parte en la función, se comentaba que era el ídolo de sus servidores, porque aquella niña, rodeada de mimos y de lujo, era sencilla, buena, caritativa y cariñosa para con todos.

Todo esto me inspiró unos versos, bastante malos, pero muy sinceros, que ella, con su proverbial amabilidad, guarda como un tesoro, y ahora, al despedirla en «La Arboleda», escribí en su abanico otros versos, muy malos también, que son como una continuación de aquellos:

Dicen así:

«Cuando hacia el Norte vayas este verano,
Para que te distraigas durante el viaje
Este abanico debes llevar a mano
En vez de formar parte del equipaje.
El tren, que no se aparta de su camino,
Cruzando el monte, el valle o la pradera,
A meditar invita cómo el destino
Nos lleva por la vida por donde él quiera.
A tí te lleva ahora
En busca de alegrías y de emociones,
Porque sonó tu hora
De amores, de esperanzas y de ilusiones.
Ahora, como predije, tu propia historia
A resbalar empieza por tu memoria.

No eres ya aquella niña de bucles de oro,
Ni aquel gallardo príncipe de Cuento de Hadas,
Ni la japonesita que cantó un coro,
Embelesando a todos con tus monadas.
Tienes ya tus juguetes arrinconados,
Aunque eran tus amores y tu embeleso,
Y lloran tus muñecos, abandonados,
Porque piensas en otros de carne y hueso.
El ponerte de largo parece cosa,
Como creen algunos, indiferente;
Pero cuando un capullo se vuelve rosa,
Deja de ser capullo, naturalmente.
Y es cuando el jardinero,
Que cuidaba el jardín con todo esmero,
Comprende que una mano caprichosa
Ha de llevarse del rosal la rosa.
Gala es de su jardín tu lozania,
Adórnalo algún tiempo todavía;
Hasta que el jardinero,
Viendo al Príncipe Azul que Dios te envía,
La rosa que cuidó con tanto esmero
Le quiera regalar
Para que sea gala de su hogar.
Y cuando alguna vez por tu memoria
Resbale como un sueño tu propia historia,
Recordarás que un día hiciste un viaje
Hacia una nueva etapa de tu destino,
Y que te hice unos versos como homenaje,
Para que los leyeras en el camino.»

MATILDE RIBOT DE MONTENEGR

NUESTROS COLABORADORES

IMPRESIONES

DISCURRIENDO sobre la fina arenilla de la fantástica Rosaleda, mientras poco a poco moría la tarde y los últimos rayos solares daban una extraña tonalidad al vario colorido de aquellas divinas rosas, mi vieja amiga, recordando tristes recuerdos, me dijo señalando a una de ellas tan bella como delicada: ves, así tenía mi Marichu las mejillas. Y, tras la evocación querida que hizo renovar el inmenso dolor, apoyándose en mi brazo, siguió: Era aquella noche el primer baile de sociedad al que mi hija asistía; excuso decirle que aunque no era muy presumida invirtió largo rato en el tocador; sus dorados tirabuzones que pocos días antes resbalaban a su capricho sobre la nuca, revelábanse a ser aprisionados, parecían negarse a formar el peinado, pero al fin logró someterlos a la obediencia; ¡qué cabeza más linda se puso! Quizás un buen peluquero no lo hubiera hecho mejor.

Prendía ya sobre la blanca seda de su traje la mancha roja de unos claveles, cuando su hermano, algo impaciente, entró en el cuarto, dándole prisa; mas al verla aviada y tan hermosa como estaba,—porque no crea que es pasión de madre, es que verdaderamente así era— volviéndose a mí, dijo: ¡qué guapa está Marichu!, ¿verdad, mamá? ¡vaya éxito que va a tener en el baile! digo, que vamos a tener, porque yo ¡eh! no estoy del todo mal, ¿verdad, mamita? Vamos, que tienes una parejita...

Mientras mi hijo así bromeaba, provocando la risa de Marichu, yo embobada la miraba; aquella criatura, parecía hecha, más que de carne, de nácar o de marfil. A la albura y suavidad de su atavío igualaba su tez, un clavel más eran sus labios... sus labios... ¡aún pareceme sentirlos sobre las mejillas, cuando go-

zosa e ilusionada se despedía de mi para ir al baile!

Al dejar la doncella caer sobre sus hombros el abrigo, el espejo que ante sí tenía la hizo reparar en la existencia de una pequeñísima espinilla en el rostro, entonces su mano se extendió rápida hacia el acerico y castigando su osadía, con la punta de un alfiler, la hizo saltar; una gotita de sangre o diminuto rubi asomó por la casi imperceptible herida que al ser enjugada dejó ligerísima huella carmin entre los pliegues de la fina batista del pañuelo; después púsose nuevamente polvos, dió una última mirada al espejo y tras un mohín triunfante, alegre, muy alegre, se despidió de nosotros.

Rápido desapareció el auto que les conducía al baile. ¡De qué buena gana me hubiese ido con ellos! Pero mi pobre marido estaba delicado y aunque él me instaba a ir, yo preferí quedarme haciéndole compañía, pues comprendí era harto doloroso para mi pobre Juan el que su dolencia le privase del placer de entrar en el salón llevando orgulloso del brazo a nuestra hija.

Un pequeño suspiro hizo a mi amiga detenerse un momento en su triste relato; después prosiguió:

Cuando marchó él a acostarse cogí un libro para entretener la espera, pero al empezar a leer; recuerdos de mi juventud asaltaron mi memoria y evocándoles surgió la querida reja testigo de mis amores, tapizada por frágiles campanillas, de brillante y vario colorido, de arrogantes claveles; ¡cómo me parecía aspirar de nuevo su penetrante aroma! Creí también escuchar la cotidiana petición de mi Juan que, muy bajito, muy quedo, me hacía, a la que yo simulando no entender contestaba siempre dándole un clavel entre cuyas hojitas granates, como en frágil arqueta, quedaba guardado aquel beso que mis labios le negaran. En fin, empezaba a soñar viendo a mi hija en otra reja

aún más florida que la mía, cuando un timbrazo enérgico, estremeciéndome, hizo caer a mis pies el libro que entreabierto quedara en mis manos mientras revivía el pasado. Alarmadísima, nerviosa, entreviendo repentinamente algo grave, recogía del suelo aquellas páginas beckerianas, cuando aparecieron en el umbral de la puerta de mi cuarto mis hijos; Marichu, de cuyas mejillas había huído el carmin, como flor tronchada por el huracán, vacilante inconsciente, se dejaba conducir casi en brazos de su hermano, que livido como ella, esforzándose en parecer sereno, me decía: No te apures mamá. Esto pasará. Voy a llamar a papá.

A medio vestir, agitado también como yo por un vago presentimiento, mi pobre Juan, con mano trémula, empezó a reconocer a Marichu y la ciencia, aquella ciencia que le sirvió para salvar a tantos, pero que no sabe mentir, angustiaba por momentos su corazón de padre porque, cruel, le revelaba la dolorosa verdad, la espantosa realidad. La horrible infección producida por aquel alfiler que mi hija utilizara, era gravísima, avanzaba rápida, veloz, como mar desbordado que arrastra los diques, declarando nulos los más enérgicos remedios. Aquella diminuta arma blanca parecía haberla herido en pleno corazón.

Cuando alboreaba el nuevo día mi Marichu, mi hija adorada, mi nenita... El dolor profundo intenso se renueva, mi amiga, abate la cabeza de plata que yo solicito hago reposar sobre mi pecho y, mientras con mis consuelos trato de restañar la sangre que brota de la herida nuevamente abierta, veo cómo una ráfaga de aire hace morir aquella bella rosa que momentos antes sugirió el recuerdo; y, al ver cómo poco a poco sus hojas se desprenden, pienso ¡pobre Marichu, fuiste como esta flor, bella, muy bella; mas de un día!

HESPERIA

LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA Y SUS BODAS DE PLATA CON EL TRONO

El día 31 del pasado Agosto se han cumplido los veinticinco años de aquella tarde en que la Reina Guillermina, de los Países Bajos, juró ante el Parlamento de su país la Constitución del Estado. Con este motivo se han celebrado en La Haya y otras poblaciones holandesas patrióticos festejos, en los que se ha puesto de relieve la gran simpatía con que el pueblo holandés ha visto la celebración de las bodas de plata de su Reina y el extraordinario afecto que hacia ella sienten todos sus súbditos, orgullosos de tener al frente de los destinos de su país una Soberana como la suya.

La Reina Guillermina es, en los Países Bajos, algo más que la Reina; es la representación de una dinastía a la que debe la nación gran parte de su florecimiento, y es la encarnación de una política sabia y serena, que ha dado por resultado el bienestar de un país que, en momentos de enorme peligro, supo conservar la paz, prestando a todos los beligerantes un inestimable servicio.

Pertenece la Reina Guillermina a la línea menor de la Casa de Nassau, de la que fué autor, en el siglo XIII, Othon, conde de Nassau-Siegen, Dillembourg y Beilsteni. Después, por sucesivas adquisiciones, fueron recibiendo, los jefes de esta casa, las señorías de Leck y Breda, el título de Borchgrave de Amberes, el Principado de Orange, treinta y dos señorías de Borgoña y otros muchos títulos y dominios. En 1814, siendo ya esta casa reinante, se estableció en ella la sucesión por línea femenina, llevando unido durante algún tiempo, al trono de los Países Bajos, el gran ducado de Luxemburgo.

Cuando el Rey Guillermo III falleció en Noviembre de 1890, solo dejó, como heredera, una hija—Guillermina—habida en su matrimonio con la que, de soltera, se llamó Princesa Emma de Waldeck y Pymouth. El Rey Guillermo había nacido el año 1817, y su esposa en 1858. Así, cuando se casaron en Arolsen, en Enero de 1879, el Soberano tenía sesenta y dos años, y la Princesa solo contaba diez y nueve. A los setenta y tres murió el Soberano, y entonces se encargó de la Regencia la hoy Reina viuda Emma, mujer admirable que tuvo el gran talento de saber educar a su hija para Reina de su pueblo, para ama de su hogar, para esposa ejemplar y para madre amorosa.

El 31 de Agosto de 1880 nació la hija de los Reyes Emma y Guillermo, siéndole impuestos los nombres de Guillermina, Elena, Paulina y María, y otorgándosele el título de Princesa de Orange. Solo diez años contaba, por lo tanto, la Princesita, cuando fué declarada Reina bajo la tutela de su madre. Pero el día en que cumplió diez y ocho años—hace ahora veinticinco—, la joven Soberana tomó personalmente la dirección de su país, y desde entonces no ha cesado de estar al frente y al servicio de sus súbditos.

La Reina Guillermina ha sido siempre un idolo para los holandeses. ¡Qué de preocupaciones las habidas en los Países Bajos hasta que vieron que su Reina elegía por esposo a un Príncipe bueno que podía hacerla feliz! ¡Qué de inquietudes en las diferentes veces en que los médicos de cámara anunciaban futuros alumbramientos, que luego se malograban! ¡Y qué alegría, al fin, cuando vieron nacer, con felicidad, a la niña que hoy es heredera, también idolatrada, de aquella Corona! Porque la Soberana holandesa, el 7 de Febrero de 1901 contrajo matrimonio en La Haya con el Príncipe Enrique, duque de Mecklemburgo, cuatro años mayor que ella, a quien le fueron otorgados la calificación de Alteza Real y el título de Príncipe de los Países Bajos. Y ocho años más tarde, el 30 de Abril de 1909, vió cumplidas sus ilusiones, dando a luz a la Princesa Juliana Luisa Emma María Guillermina, que, según es público en Holanda, es una niña encantadora, digna en todo de la madre que Dios la concedió.

La Reina Guillermina es hoy, sin duda, una de las mujeres más cultas de Europa. Desde niña, fué educada por la Reina Emma con severidad y casi con rudeza. Ella la enseñó a trabajar sin retroceder ante la fatiga, desafiando la inclemencia de las estaciones, entregándose tanto a los ejercicios corporales como a los del espíritu, conociendo y tratando directamente a los pobres, socorriéndolos por sí misma, y preparándola, en fin, de un modo serio para la misión que la Providencia le había confiado.

Siendo niña, tenía la Reina una huerta y un jardín, que vigilaba y cuidaba, distribuyendo las legumbres y las flores por sí misma a los ancianos servidores, a los enfermos y a los pobres de la idea.



La Reina Guillermina, de los Países Bajos, cuyas bodas de plata con el Trono acaban de celebrarse brillantemente en Holanda. Retrato hecho en 1898, cuando comenzó su reinado

Sus estudios fueron luego muy profundos. La Soberana habla perfectamente el holandés, el alemán, el inglés y el francés, y, con alguna imperfección, el italiano y el ruso. Conoce materias tan diversas como el Derecho civil, el administrativo, la Teología, la Economía política, la Horticultura y la Agricultura.

Su pasión es la pintura. Acuarelista consumada, tiene gran predilección, sin embargo, por las miniaturas. Sus labores de este género han figurado en algunas Exposiciones. Colgado de su pecho lleva siempre el retrato, miniado, de su hija, naturalmente, hecho por ella. Escribe muchas postales que previamente ilumina, copiando los paisajes imponderables de su país. Las tarjetas de la Reina se cotizan a precios muy elevados entre los coleccionistas.

La Reina es también una cumplida amazona. Frecuentemente se la ve pasear a caballo por las calles en unión de su augusto esposo. Las cuadras del castillo de Loo son magníficas, conociendo la Soberana los nombres de todos sus caballos. Jamás ha ido en carruaje cerrado, fuere cual fuere el tiempo. Lloviendo o nevando, sale conduciendo por sí los cuatro caballos de su magnífica carretela; muchas veces va con el Príncipe Enrique, y otras muchas con la Princesita Juliana.

Asimismo es la Reina muy aficionada a patinar; pero esta afición la cultiva ahora menos que

antes, en aquellos tiempos de soltera, cuando se dejaba deslizar por los canales helados, con gran sobresalto de la señora Van de Pell, superintendente de Palacio.

Físicamente, la Soberana conserva aún la lozanía de su cutis rosáceo, sus rubios cabellos y sus ojos ágiles y expresivos. La vida habitual de la Soberana, bien en el palacio de La Haya, bien en el de Amsterdam, o ya en el castillo de Loo, es sencilla e interesante.

Muy madrugadora, a las ocho de la mañana se desayuna en familia. Se compone el refrigerio matinal de una taza de té, fiambres, pan con manteca y pastas. Luego se encierra en su gabinete de trabajo, donde estudia los asuntos que han sido sometidos a su firma. La Reina examina todas las cuestiones hasta en sus menores detalles, y no pone su firma en documento alguno sin antes estar convencida de su finalidad y alcance. El despacho de los asuntos de Estado le invierte toda la mañana.

Estos cuidados no le impiden, sin embargo, ser una verdadera ama de su casa, inspeccionando la educación de su hija y dirigiendo cuanto se refiere a la marcha de la Casa Real y su particular Patrimonio.

El almuerzo es a la una. Después recibe Su Majestad a los personajes oficiales y altos dignatarios de la Corte. Terminadas las audiencias, la Reina sale de paseo con su esposo y su hija, para regresar al anochecer y acostarse, según tradición de la Corte holandesa, a las diez y media en punto. Generalmente, la sobremesa última es muy entretenida, pues la Reina, que entiende bastante de música, canta *lieders* y otras canciones populares, que son muy del agrado del Príncipe Enrique.

La popularidad de la Reina es extraordinaria. Cuando nació la Princesita Juliana, todos los holandeses rivalizaron en demostrarle su cariño. Mientras que el Municipio de La Haya regaló a la recién nacida una cuna de plata, el de Rotterdam le ofreció un servicio de mesa de plata repujada, Amsterdam otro de *toilette*, la ciudad de Leuwarden un *carpet* de plata labrada, para que fueran anotados a diario todos los acontecimientos de la infancia de la futura Reina, y otras muchas poblaciones, corporaciones y particulares, se esforzaron en demostrar su esplendidez y su simpatía hacia Su Majestad y los suyos.

Respecto a la Princesita Juliana puede decirse que es el idolo del pueblo holandés. Este ha visto en la augusta niña la continuación de su madre y no cesa de prodigarle su afecto.

La Princesita está recibiendo una educación tan completa como la pudiera recibir un Príncipe, heredero del Trono. Con catorce años, recién cumplidos, Su Alteza demuestra unas especiales aptitudes para el estudio; tantas que, siendo aun tan joven, casi una niña, ya han comenzado a iniciarla sus profesoras y profesores en el conocimiento de los fundamentos de Derecho político y en la práctica de las ciencias administrativas.

Con ello se conseguirá que el día de mañana la que hoy es Princesa sea una Reina tan digna de ser querida como la Reina Guillermina.

Físicamente, parece Su Alteza una Princesita alemana. Tiene adoración por sus padres y un sentimiento constante de piedad hacia los humildes.

Además, parece que ha heredado también las aficiones artísticas de la Soberana, y ya es una consumada pianista.

¿Puede dudar nadie así de que la Familia Real holandesa goce de afectos inacabables en su bello país?

Ahora, con motivo de un acontecimiento tan grato como la celebración de las bodas de plata de la Reina, Holanda ha proclamado su confianza en su Reina y su cariño creciente. Y esta manifestación habrá sido para la Reina su mejor galardón.

DIEGO DE MIRANDA

VIDA DE SOCIEDAD

En la Granja: Festa en casa de la condesa de Medina de Torres :

A fines del mes pasado dió la condesa de Medina y Torres un elegante té, en honor de S. A. la Infanta doña Isabel, en la nueva casa que está terminando de arreglar en el Real Sitio de San Ildefonso.

Ha sido construída la casa de nueva planta y está muy elegantemente adornada.

El té fué servido en el comedor de la casa, estancia que adorna una gran chimenea de campana, sobre cuyo vasar se destacan antiguos tarros de Talavera, adquiridos, así como otros muchos muebles y objetos en las tiendas de los anticuarios de Segovia.

Con Su Alteza tomaron asiento en el comedor, el duque y duquesa de Seo de Urgel, marquesa de Jura Real, condesas de Valmaseda y de la Encina y condes de Aguilar de Inestrillas y Riudoms, entre otras personas.

En el jardín, en mesitas, tomaron la merienda muchos otros invitados.

El jardín no está aún terminado. Hubo, pues, que improvisarlo, llenando los arriates de flores, y ofrecía un aspecto muy gracioso.

Asistieron, además de las personas citadas, la marquesa de Alquibla, que se halla pasando una temporada con sus hijos, los condes de Riudoms; la señora de Cabrera, con sus nietas; señora de Serrat, señorita de Bertrán de Lis, señores de Calvo León y Portuondo, condesa de Riudoms y, en suma, toda la colonia que allí veranea.

La decoración de flores con que estaba adornada la casa, llamaba la atención por su originalidad y buen gusto.

La merienda fué espléndida.

A ruego de los invitados, la encantadora María Teresa Pérez del Pulgar, hija de los marqueses de Alquibla, recitó algunas de las bellísimas poesías de que es autora.

Esta interesante fiesta vino a constituir, en cierto modo, la inauguración de la nueva casa de la condesa de Medina y Torres.

En la grata tarea de hacer los honores ayudaron a la dueña de la casa sus hijos, los señores de Mendoza (don Alfonso) y los marqueses de Selva Alegre.

En el jardín, que, como queda dicho, no está terminado, se veían antiguos fustes de columnas y capiteles, con los que se hará un soportal para merendar por la tarde.

Sobre una mesa se veían en el hall los retratos de las personas reales: Don Alfonso, Doña Cristina y la Infanta Isabel, con cariñosas dedicatorias, que demuestran el afecto de la familia Real hacia la condesa, que cedió, como es sabido su magnífica propiedad de Valdelesierra para Sanatorio de soldados enfermos.

En San Sebastián: una representación de la compañía aristocrática de Bailes Rusos.

La compañía de aristocráticos aficionados que, bajo la dirección de don José Caro, hijo de los marqueses de Villamayor, dió el año pasado varias representaciones de Bailes Rusos en San Sebastián, comenzó este verano su actuación en la capital guipuzcoana con una función brillantísima, en el teatro del Gran Kursaal, a beneficio del Hospital de la Cruz Roja fundado por la Reina Doña Cristina.

Asistió la augusta señora al acto, como es natural, y con ella ocuparon el palco regio las Infantas Doña Luisa y Doña Isabel Alfonso.

La sinfonía estaba a cargo de una nutrida *jazzband*, compuesta toda de aficionados, como Alfonso Lesburu, Enrique Elizalde—que tocó muy bien el piano,—René Izquierdo, Miguel Gutiérrez, Víctor Ceberio, Juan Patón, Jorge Luzón y Andrés Moltó.

Después empezó la representación con un primoroso *vals*, bailado por Carmen Caro y José Caro, las dos figuras de la compañía.

Difícil era creer que se trataba de aficionados al fijarse en este baile, así como en los demás, en la sultura de los movimientos, en la gracia de las actitudes, en la perfección con que se producían.

Carmen Caro, vestida de rosa y surgiendo de una cesta llena de rosas—como lo hacía la célebre compañera de Harry Pilson—estaba bellísima.

En los demás números, *The sheik os Araby*, bailado por Fernando Caro; *Chicago*, por Manuel Romero; *Say it with music*, por Antonio Orueta, apenas se advertía la diferencia entre los aficionados y los profesionales. Manuel Romero, por ejemplo, resultó colosal.

El último número del primer acto constituía la parte trágica; la más difícil, la más artística del repertorio de los Pilson. *Lime house Blue*, la pesadilla china en la cual *Butterfly* era la encantadora Carmen Caro, el asesino chino, Fernando Caro, y el oficial de Marina, Angel Azcona. Un cuadro de una mímica veraz y expresiva y de un arte verdadero.

Tras un gracioso monólogo en el castellano sin gramática que hablan los vascos, dicho por Alberto Brun y con divertidas alusiones de actualidad, se presentó el *Ballet* romántico titulado *Los Flores*, con música de José María ne Orue y coreografía de José Caro.

BAUTIZO ARISTOCRATICO

El día 3 del pasado Agosto fué bautizada, con las mayores pompa y solemnidad, en la Parroquia de San Juan de Mondragón, la hija recién nacida de los condes de Monterrón, marqueses de Garcillán, siendo madrina su bisabuela la marquesa viuda de castellanos y padrino, su abuelo materno el marqués de Villareal de Alava.

A la niña le fueron impuestos los nombres de María del Rosario Agustina Cándida María de Jesús y otros más.

La marquesa viuda de Castellanos que, como saben nuestros lectores es una distinguida escritora, compuso los siguientes versos, que nos complacemos en reproducir:

A MI BISNIETA ROSARITO

Ya te esperan los ángeles del Cielo al borde de la pila Bautismal; para darte la luz, la fé, la vida, bajaron de su patria Celestial.

El Angel de la Guarda marcha alegre la fé de tu bautismo a presentar y te reciba Dios como cristiana ante las gradas de su santo Altar.

María del Rosario. Marquesa viuda de Castellanos y Mouroy.

Inspirado en *Las Silfides* de la compañía Diaghilew, tiene agrupaciones diferentes y pasos distintos.

Figura principal eran en este baile Mimo Moreno Osorio, que personificaba *La Rosa* y lo hizo deliciosamente y Carmen Caro, que hacía de *Libélula*. Entre las otras flores destacaban Mercedes Soriano, la más linda flor que cabe imaginar, así como la más diestra bailarina, además de Blanca Ubarris, Mercedes y María Luisa Jordán de Urries, Ventura Guirior, Anita Albiza, y las señoritas de Orbegozo y Romea. Y por último el *Carnaval* de Shumann, el acto más difícil de representar.

De *Pierrot* hizo Pepe Caro, que es un mimo admirable, capacitado para los más altos empeños; del gracioso *Arlequin*, Angel Azcona, que salta como una pelota, y de *Coquete*, su compañera, la agilísima y graciosa Mimo Moreno Osorio.

El *vals* noble (en el que aparecen las bailarinas vestidas con trajes de volantes de color lila,

muy claro, y con bridas moradas oscuras las pamelas de la época del año 30, mientras sujetan al tobillo los pantalones orlados de encajes), resultó una preciosidad...

En él atraían la atención nuevamente Mercedes Soriano y la señorita de Moreno Osorio. Sus compañeras de baile, no menos bellas, se llaman Carmen Caro, admirable siempre, y señoritas de Orbegozo y Albizu, y los hombres con pantalones de trabillas y sombreros de copa, y fracs entallados, Fernando Caro, Angel Azcona y Mariano Yurrito, que hacía además del *Chopin*.

Los otros personajes del delicioso *Carnaval*, Fernando Caro (*Eusebius*), Orueta (*Florestán*), *Chiarina*, Carmen Caro—la Lopokova de esta compañía;—*Papillon*, Anita Albizu, y otros más.

Muy elegante el paso a dos, bailado por Mercedes Soriano y Fernando Caro y Antonio (*Pantalón y Colombina*), y graciosos los titulados *Promenade* (Carmen Caro y Antonio Orueta); el *Vals alemán*, en que toman parte todas las parejas; el *Aveu* (Carmen Caro y Antonio Orueta), y en suma, todos los demás.

Muchas veces tuvieron que presentarse ante el público los artistas, llamados, no por aplausos de cortesía, sino de toda justicia, en verdad.

Merece un elogio el director de orquesta—otro aficionado,—don Olegario de Arbide.

La elegante sala del Kursaal ofrecía un precioso aspecto.

Entre la concurrencia figuraban: la duquesa de Aliaga con la marquesa de Velada; embajador de España en Londres y señora de Merry del Val; marqueses de Linares y sus hijas, con la duquesa de la Victoria; señora de Bruguera y marquesa de Casa-Mendaro, duquesas de Santa Elena, Almenara y Hornachuelos; marquesas de Martorell, Salinas, Olivares, Aldama, San Juan de Buevavista, Tenorio, Prado Ameno, Villatoya, Medina, Villamayor, Santurce, Llano de San Javier, Argüeso y Miranda de Ebro; condesas de Güell, Gaitanes, Artaza, Moriles, Bulnes y Caviedes; baronesas de Satrustegui y Benferri, vizcondesas de la Albarada, Torre-Almiranta, y Bahía Honda; señoras y señoritas de Sánchez Guerra, Alba, esposa del Ministro de Estado; Mendoza, Hurtado de Amézaga, Silva, Alcázar, Aguilar (don Eduardo), Medina-Sidonia, Orfila (don Francisco), Soriano, Moreno Osorio, Cubas, Mazorra, Martín Montes, Churrua, Ussía, Molins, Ugarte, Esteban Collantes, Santos Suárez, Hoces, Matos, Aguilar, Abrisqueta, Silvela, Zuloaga, Fernández de Liencres, Baquera, Lizarruri, Querol, Saavedra, Escrivá de Romani, Benjumea Moyua, Ibarra (don Ramón), Martínez de Irujo, Vega de Seoane, Padilla, Bellfroid, Cejuela, Ranero, Travesedo en sus tres ramas, Azcona, Ubarri, Barranco, Ximénez de Sandoval, Espinosa y Villapecellin, Gabaldá, Beruete y otras muchas, además de buena parte de la distinguida sociedad de San Sebastián.

En "La Cumbre". Brillante fiesta española, organizada por los duques de Tovar :

En la hermosa villa «La Cumbre», donde tienen su residencia de verano en San Sebastián los duques de Tovar, se ha celebrado una agradable fiesta, de carácter español, en honor del embajador de los Estados Unidos, Mr. Moore, y de sus huéspedes norteamericanos, entre ellos la millonaria miss Mellon, que está haciendo una detenida visita a nuestro país.

En la fiesta se presentaron, para que miss Mellon pudiera conocerlos, algunos números de canto y baile andaluz. Estuvieron a cargo de «las Gaspachas» y de los hermanos Hidalgo, acompañados por el notable guitarrista Luis Sanchez, los cuales hicieron una interesantísima exhibición de sus números más castizos.

Miss Mellon, que es una verdadera belleza, y sus compatriotas, quedaron encantados de la fiesta. La joven millonaria no cesó de hacer elogios de España. Los duques de Tovar obsequiaron espléndidamente a sus invitados,

IMPRESIONES DE SANTANDER

SOTILEZA ANTE EL CASINO

SOTILEZA, Muergo, Cleto, Pae Apolinar y Andrés Colindres, almas vivientes del cerebro prodigioso de Pereda, acuden a nuestra memoria cuando, en rápida visita, hollamos con nuestra planta el barrio de pescadores de la ciudad santanderina. Parece como si estos seres del tiempo añejo aún vivieran como homenaje, como tributo de gratitud para con quien hubo de inmortalizarlos con su pluma maestra.

El Santander típico, pintoresco, de ambiente, no ha desaparecido del todo. Sisla la callealtera, Sotileza, ya libre de aquellos primeros tiempos de la falda corta, de cuando vivía en unión de los padres de Cleto, se la ve transitar modosa y pizpireta con su falda planchada y con su corpiño, por el que rebosa la juventud de su carne fresca. No falta el zagalón sucio y harapiento, de pantalón—llamémosle así—roto y de larga y lacia pelambre, ni el mocetón taciturno que, cual Cleto, pasea sus amores tristes por la playa, ni el jovenzuelo alegre que, como Andrés Colindres, siente la alegría del mar y por él boga y junto a él respira a sus anchas, ni el beatífico sacerdote que, símbolo de la caridad y del amor de Cristo, luce su sotana raída y mugrienta con el orgullo del que sabe cumplir con sus deberes. La capital montañesa de nuestro padre Pereda vive, perdura, sin que la fuerza del tiempo, ni los hoteles del Sardinero, ni la carestía de la vida, la hayan hecho desaparecer...

No en balde han transcurrido los años y con ellos la transformación de las cosas y de las costumbres; pero aún se conserva con todo su prestigio y notoriedad el Senado del Circulo de Recreo con sus tertulias de hombres de mar, de navieros y de comerciantes. Las calles céntricas se han modernizado; pero el ambiente, lo típico de las barriadas se conserva como en un fanal de ideales. El cuerpo, las ropas se han modernizado; pero las almas se conservan incólumes, inalterables. Vivir no es conservar la vida: es desenlazar las pasiones con la fuerza de miras que siempre fué su característica. Es hacer que persistan las almas con todo su encanto, con toda la espiritualidad que impele a la consecución de las grandes obras. El barrio de pescadores conserva todo, absoluta-

mente todo el aspecto típico del tiempo pasado.

Se pasea a diario por la plaza una viejuca alegre, modosica, que viste al estilo de los pescadores acomodados. Su falda de pliegues, de muchos pliegues, da la sensación de una campana arrugada, y el pañuelo que ata alrededor de su corpiño, de colores oscuros, parece ceñir toda el alma de la montaña. Sin saber por qué, obedeciendo a movimien-



S. M. la Reina en el palco regio de la plaza de Toros de Santander.

tos instintivos, esta mujer, a la que los años no han quitado la viveza de los ojos, mira con descaro, hasta con rabia, los fantasmas de la construcción moder-



Aspecto que ofrecían los balandros en las regatas de Santander, en las que tomaron parte SS. MM.

Fotos Marín

na. Cuando mira hacia el Gran Casino, fruce el entrecejo, y su boca desdentada se contrae marcando el garabato de un gesto de odio.

Cualquier curioso atisbador de hechos y de costumbres, ha de recordar, vien-

do a esta mujeruca, a Sotileza; pero no a la Sisla de los tiempos jóvenes, sino a la que, al transcurrir de los años, ha visto cómo su pueblo se transformaba, perdiendo parte del encanto de los días pasados. Y, en realidad, no le falta razón para sus miradas de odio. Aquellos grandes edificios han trastornado el vivir tranquilo y feliz de los pobladores de la montaña. Ya las tabernas, convertidas en bares, y las regatas de remo, de músculo y tórax, que han pasado a segundo término, porque los balandros, como blancas gaviotas, cruzan la bahía con sus velas enhiestas, han hecho desaparecer el entusiasmo de las masas populares por su centro de reunión y por su distracción favorita. La cerveza ha matado al vino de la tierra y al aguardiente, como los balandristas condenaron al ostracismo a los botes de regata a remo.

Esta Sotileza, vieja, de paso torpe, pero de mirada firme, es la que, unida ya al Cleto de amor sincero y de esperar tranquilo, diera al mundo hijos sanos que han ido transformando el vivir de la ciudad. Si aún existiera su genial creador, puede que se lamentara de que Santander, con sus casas altas y sus hoteles de lujo, haya perdido su principal característica: de que los hijos y los nietos de su hija, la que simbolizaba el espíritu montañés, sean estos que han contribuido a modernizar un pueblo que tenía en sus costumbres el mayor aliciente para la atracción del viajero.

Y al transformarse la vida montañesa las pasiones se han exacerbado. Ha desaparecido el vivir tranquilo de las almas vírgenes. No pueden o no quieren ser felices, sin acordarse de que al faltar el entusiasmo la alegría se ha convertido en una mueca, en un lamento.

No queda dada, casi nada de aquello. Sólo en el barrio de pescadores hay algo que nos recuerda, aunque de manera muy vaga, a Muergo y Andrés Colinches.

La civilización, las nuevas costumbres, han perjudicado a la ciudad montañesa; porque, aun viviendo en el espíritu, el ropaje es otro.

LUIS BENAVENTE
Santander.

Pensemos, ahora como siempre y ante todo, en España. Es la Patria.
Es la madre de todos.

EXCURSIONES POR EL PAÍS DEL ARTE

UNA VISITA A LA CARTUJA DE PAVÍA



Una ventana de la fachada principal.

extendía al norte del Castillo de Pavía, residencia ducal de muy antiguo origen.

En 1392, Juan Galeas, para cumplir la voluntad de su esposa, destinó a ello varias fincas que poseía entre Milán y el Tesino, unas como dotación ordinaria para el Monasterio y otras para poder atender a los gastos de construcción, con la condición de que, una vez el Monasterio terminado, lo que sobrara fuera entregado a los pobres de Pavía.

Cuatro años más tarde empezaron los trabajos necesarios para disponer el terreno en que la Cartuja se había de levantar: talar bosques, abrir zanjas para encauzar las aguas, reunir los diversos materiales y construir las casitas para los obreros que habían de tomar parte en la edificación.

Durante los primeros trabajos de ésta aparece Bernardo de Venecia como Ingeniero general, lo cual hace suponer que fué el verdadero arquitecto, cuya parte preponderante en la concepción y dirección del monumento, parece no dejar lugar a dudas.

Bernardo de Venecia había trabajado antes en la reforma del castillo de Pavía y había tomado parte en un congreso de ingenieros y arquitectos reunido para examinar los diversos datos presentados a propósito de la construcción de la Catedral de Milán. Pero no debe ser considerado como el único arquitecto a quien se deba la Cartuja de Pavía, porque en el mes de Agosto de 1396 tres ingenieros que trabajaban en la Catedral de Milán y otros de la Corte ducal, «fueron al lugar elegido para ver el terreno y trazar las líneas generales de la Iglesia». Entre estos ingenieros se destacó Jacobo de Campione, que tomó parte activa en los trabajos subsiguientes y aportó varios de los dibujos que acababa de hacer para Milán.

Con Bernardo de Venecia y Jacobo de Campione colaboró también Cristóbal de Beltrano. La colocación de la primera piedra

se efectuó el 27 de Agosto de 1396. Juan Galeas, a quien acompañaban sus hijos Juan María y Gabriel descendió a un barranco, recién abierto y allí colocó una piedra, previamente bendita por el Obispo de Pavía; después de la misa que luego se celebró, el duque regresó a su castillo, mientras que los restantes concurrentes fueron obsequiados con una espléndida comida en un pabellón construido para este fin expresamente.

Comenzaron las obras y, mientras que éstas iban avanzando, fueron llegando ya Padres Cartujos, que se instalaron provisionalmente en la llamada Torre de Mangano, a una legua de distancia de Pavía.

En 1401, muy avanzadas las obras, entraron los monjes en la Cartuja, siéndole confiada su administración y conservación al Prior Padre Bartolomé de Rávena. Pocos meses después murió el Duque, en el momento que acariciaba la ilusión de poder llegar a ser Rey de Italia.

En su testamento expuso su voluntad de ser enterrado en la Cartuja, en un rico mausoleo, coronado por su estatua; pero esta disposición no pudo ser cumplimentada hasta setenta años después.

Cuando Juan Galeas murió los monjes comenzaron a tener enemigos, porque la familia Pusterla hacía valer sus derechos hereditarios sobre algunas de las posesiones que estaban asignadas a la Cartuja.

Los trabajos se interrumpieron y la construcción de la Iglesia es-

tuvo detenida por espacio de medio siglo. Sólo cuando fué proclamado Francisco Sforza sucesor director de Felipe María Visconti, pudieron reanudarse activamente las obras. El nuevo duque envió a la Cartuja, en Septiembre de 1540, al arquitecto Juan Solari,—conservador de la Catedral de Milán,—quien se ocupó especialmente de la Iglesia, de la que existían únicamente los cimientos, mientras que el Monasterio estaba muy adelantado, hasta el punto de que ya estaba terminado el decorado, hecho por los célebres pintores Zavattari, autores también de la decoración de la Capilla de la Reina Teodolinda en Monza.

Hasta 1462 no comenzó, sin embargo, la construcción de los arcos y bóvedas de la Iglesia, bajo la dirección de Guiniforte Solari, hijo de Juan. Al mismo tiempo se acababan las decoraciones en terracota de las arcadas de los dos claustros y se confiaba la decoración del claustro grande al pintor Vicente Foppa.

En cuanto a la fachada, aún no había nada decidido en 1473. Guiniforte Solari, al elevar el cuerpo de la Iglesia, debió seguramente trazar las líneas generales de la fachada, pudiéndose reconocer el proyecto de este arquitecto en el modelo de la Iglesia que Juan Galeas ofrece a la Virgen, en el cuadro debido al pincel del Bergognone, que se conserva en la Cartuja.

Parece lo cierto que esta fachada debió ser considerada demasiado sencilla por los monjes, y que en 1473 el Prior Felipe de Raucate se decidió a confiar su ejecución a los escultores Mantegazza y Amadeo, dejándoles en libertad de que desbordaran su fantasía en estatuas, bajorelieves, medallones y demás ornamentos escultóricos.

La muerte de Guiniforte Solari en 1841 dejó, además, el camino libre para esta evolución del carácter decorativo de la fachada, de la cual, en 1496, época de la ceremonia de la consagración de la Iglesia, no había construída más que su parte inferior.

Por aquella época Ludovico El Moro realizó los trabajos del coro, que son notables, especialmente por las marqueterías ejecutadas por Pantaleón de Marchi, de Cremona y por los pintores Perugino, Macrino de Alba, Montagna y Bergognone quienes hicieron el retablo del altar y la decoración de las bóvedas de la Capilla y la Iglesia. El cuerpo del fundador, que había sido enterrado en 1402 en la Basilica de San Pedro de Pavía, fué trasladado en 1474 a la Iglesia de la Cartuja, con gran solemnidad, y colocado detrás del altar, en espera de que fuese terminado el mausoleo encargado a Benedicto Briosco y Juan Cristóbal Romano.

En la fachada se continuó trabajando durante el primer cuarto del siglo XVI, mientras que el monasterio comenzaba ya a sufrir modificaciones y ampliaciones que perjudicaron la severa unidad de la construcción primitiva.

Precisamente en los alrededores de la Cartuja se desarrollaron en aquella época los sucesos militares producidos por las luchas

en las que franceses, suizos, alemanes, italianos y españoles se disputaban la posesión de la llanura lombarda: la famosa batalla Pavía se libró junto al Parque que se extendía entre la Cartuja y el Palacio Ducal y, según la tradición, Francisco I, prisionero, fué conducido aquella misma noche a la Cartuja, antes de ser encerrado en Pizzighettono.

En medio de todas estas vicisitudes y a pesar de ellas, los Cartujos terminaron las obras del altar y de la nueva sacristía. Así, en 1562, cuando ya estaba acabada toda la decoración de pinturas, bronce y vidrieras, en el interior de la Iglesia, el cuerpo de Juan Galeas pudo ser encerrado definitivamente en su sarcófago.

Durante más de dos siglos no hubo cambio alguno en el conjunto de la edificación del monasterio.

En 1782 un decreto de José II expulsó a los cartujos de su residencia, siendo confiada la custodia del edificio a otros religiosos, expulsados luego también en 1820 por otro decreto de Napoleón.

Consiguieron volver los cartujos a su casa en 1843, viviendo allí hasta 1881, fecha en que, en virtud de la ley sobre comunidades religiosas, abandonaron definitivamente la Cartuja, que pasó a depender del Ministerio de Instrucción pública. Hoy su conservación está confiada al «Officio regionale dei monumenti di Lombardia» al que se deben los trabajos de restauración ejecutados y los que están en vías de ejecución.

X. X.



Un rincón del interior de la hermosa Iglesia. «El lavabo».



Detalle del cuadro del Bergognone, que se conserva en la Cartuja.



La cúpula de la Iglesia.



Pinturas de una de las naves transversales.



Un detalle interesante de la fachada.



Fachada de la Cartuja de Pavía.

POESÍAS Y POETAS ESPAÑOLES

BÉCQUER Y EL TRISTE POEMA DE SU VIDA

LEYENDO las rimas de Gustavo Adolfo Bécquer, no hay modo de resistir a la emoción que producen. Sencillas, espontáneas, sin más ropaje que el limpio y hermoso de un castellano correcto y llano, cada estrofa de estas poesías inmortales suscita una emoción indefinible, despierta un recuerdo, aviva un pensamiento o agita un dolor. Flores brotadas en el privilegiado ingenio de un hombre nacido para el arte, permanecen lozanas como el día en que se abrieron a la luz del sol. No se marchitan; no se pueden marchitar. El soplo del genio les infundió vida permanente y han de seguir difundiendo su aroma penetrante, único.

Pero Bécquer que, con sus *Rimas* tiene asegurada la inmortalidad de su nombre, es acaso digno de tanta o mayor admiración como poeta en prosa. Cuando se leen sus *Leyendas* o los demás trabajos literarios que su pluma trazó, se comprende hasta donde fué privilegiada la imaginación de este hombre extraordinario, que pudo legar tan admirable labor cuando puede decirse que aún no había comenzado a escribir su obra.

Y esto es lo que de verdad impresiona a quien se encuentra frente a frente de la producción de Bécquer. ¡Lo que dejó de hacer! ¡Lo que pensaba producir y lo que él mismo comprendía que iba a quedar encerrado en su cerebro, sin poder volar!

La desesperación de este hombre que, después de una lucha titánica con la vida, cuando él y su hermano Valeriano creen haber vencido, se halla con que la muerte le arrebató la vida de éste y le amenaza a él, cortando en flor ilusiones sin fin, no tiene límites. Es la desesperación del naufrago que, cuando llega a la orilla, se encuentra en ella abandonado y extenuado, frente al hambre y la desolación.

Y en las páginas en prosa que, presintiendo su próximo fin, escribió para dar tranquilidad a su espíritu atribulado, está acaso la mejor de las composiciones poéticas de Bécquer.

«Fecunda, como el lecho de amor de la miseria y parecida a sus padres que engendraron más hijos de los que podían alimentar, mi musa concibe en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me quedan de vida, serían suficientes a dar forma.»

Pero después el poeta vé que esos años que le quedan de vida son muy pocos y como el insomnio y la fantasía siguen forjando nuevas creaciones, se decide al fin a dar suelta a toda esa suerte de ideas

y planes, como se suelta a una bandada de pájaros que pugnan dentro de una jaula por conseguir su libertad.

«¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros, mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables: os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estofa tejida de frases exquisitas, en la que os pudiérais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera cincelar la forma que ha de conteneros, como se cin-



Gustavo Adolfo Bécquer, inolvidable poeta, muerto a los treinta y cuatro años.

cela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. Mas es imposible.

No obstante, necesito descansar, necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre en pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.»

Y más adelante, pensando ya en la amenaza trágica de su muerte, agrega.

«Si morir es dormir, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras; no quiero cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanco, el tesoro de

oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.»

¿No vale este último párrafo por todo un poema? El poeta que a los treinta y dos años recién cumplidos escribía esto, había de expirar dos años más tarde, minada su débil naturaleza por la adversidad, la lucha y el dolor. Serenamente supo afrontar su muerte, cuando la vida comenzaba a sonreírle y como un justo entregó su alma a Dios, dando ejemplo a cuantos le rodeaban de cristiana fe.

Y es que Bécquer, fué ante todo, en el mundo, un hombre bueno.

«Ni de su triste vida,—escribe D. Ramón Rodríguez Correa, su íntimo amigo—, ni de sus dolores físicos, quejábase nunca ni maldecía jamás. Mudo cuando era desgraciado, sólo tenía voz para expresar un pensamiento de alegría. Cuando refería contrarios sucesos de su vida, lo hacía, o entre burlas o poetizando alegre y simpáticamente la desgracia.»

Por eso las *Rimas* sorprendieron tanto a sus amigos. ¡La única vez que exhalaba quejas, lo hacía en verso!

¡Pobre poeta condenado a morir cuando más necesaria y grata era la vida! ¡Pobre vida de un alma exquisita, encerrada en un cuerpo débil y sometida a una lucha cruel! Consolémonos, sin embargo, pensando en que si se malogró con su muerte algo muy grande, que hubiese sido eternamente orgullo de España, su espíritu habrá tenido en más puras regiones amplia recompensa...

Y no olvidemos que las *Rimas* y las *Leyendas* de Bécquer, también son inmortales.

JUAN DE AVILÉS

¿Cómo no emocionarse leyendo esta poesía de Gustavo Adolfo Bécquer? La sabemos todos de memoria, la recordamos a cada momento y, no obstante, cuando volvemos a pasar los ojos sobre ella, ¿verdad que la emoción aumenta?:

CERRARON sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase a intervalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día
Y a su albor primero
Con sus mil ruidos

Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Lleváronla al templo
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron.
Y el santo recinto
Quedose desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...

Que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió a lo léjos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

.....
.....
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¿No sé: pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y miedo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BÉCQUER.



ESPAÑOL.—*Sanson*, comedia en cuatro actos, de Henry Bernstein.

Los nacionalistas, y, en general, todas las derechas de Francia, se quejan con razón de los rumbos que ha tomado el teatro parisiense. En la capital francesa los judíos son dueños de la escena. Judíos son Porto-Riche, Edmond Sée, Francis de Croisset, Pierre Wolff, Romain Coollus, Nozière, Bernstein... El teatro de Bat-ille es también israelita en su espíritu y en sus tendencias. Hasta el delicioso y aristocrático Robert de Flers—que pertenece a una de las familias más antiguas y nobles del país vecino—se ha contagiado un poco de esta técnica teatral judía y es de temer que se contagie más por haber sustituido a su colaborador Caillavet, que ha muerto, con Francis de Croisset.

Teatro verdaderamente francés es el de François de Curel, el de Paul Claudel—actual embajador de Francia en Tokio, que ha escapado a la reciente catástrofe del Japón—, el de Henri Ghèon y el cultivado en el Vieux Colombier y otras sociedades dramáticas parecidas.

Este «teatro judío de expresión francesa», tan admirablemente estudiado por Henriette Charasson, presenta varios rasgos generales que no pueden faltar en las comedias de Bernstein. Los personajes no son nunca franceses. Pertenecen, por el contrario, a ese mundo judío y meteco de París, que León Daudet llama la *Anti-Francia*, y que, de constituir el espíritu total de Francia, como muchos creen, ni Francia habría ganado la guerra ni existiría ya como nación. Los medios sociales que vemos sobre los escenarios parisienses—menos aún, del Boulevard—constituyen en la realidad una minoría. Eso no es Francia, ni París tampoco.

Todos estos personajes cosmopolitas están dominados por bajas pasiones. No hay allí mujer virtuosa ni hombre que no tenga por buenos cuantos medios conducen a la posesión de las riquezas materiales. Abundan en dicha clase de comedias el *ménage à trois*, cuando no *à plusieurs*, la facilidad de costumbres, el amorío dominando el verdadero amor y la *coucherie* como señora de viejos y jóvenes. Hay además sobre las líneas generales indicadas el culto de la energía

y la voluntad en su sentido material y mecánico; cierto prurito de continuar la tradición literaria francesa de los financieros, que comienza muy a principios del siglo XVIII con el *Turcaret*, de Lesage, y culmina en las figuras gigantes de hombres de negocios que trazó Balzac; la pintura de círculos sociales en que reinan el lujo, el fausto, la elegancia, pero *grosso modo*, en bloque, sin que advirtamos el carácter de las fortunas que costean todo aquello; los efectos escénicos fuertes, violentos, capaces de destruir un corazón; cierta espiritualidad en el diálogo, a la que pueden servir de modelo las frases ingeniosas recogidas aquí y allá, sobre todo en el libro de Victor du Bled *La conversación en Francia*, y la falsedad psicológica de poner pasiones fuertes—buenas o malas—en temperamentos en que no caben. Poseyendo y sabiendo manejar los citados jalones principales del «teatro judío de expresión francesa», ya pueden escribirse obras como *Sanson* cuando se es tan hábil para la escena como Bernstein.

Con un atentado a la lógica como es el carácter de Jaime Brachard, el autor del *Ladrón, La ráfaga, El secreto*, ha escrito una obra de interés que sacude los nervios de los espectadores y hace sentir la emoción dramática si va interpretada por un buen actor.

¿Por qué es un atentado a la lógica el carácter de Brachard? El tipo de Jaime Brachard dimana, como todos los de su especie, del Julián Sorel, stendhaliano. De humilde origen, ha sabido hacerse millonario y hasta baja en Egipto, ¡el que fué descargador del puerto de Marsella! Su voluntad, su energía, su esfuerzo, le convierten en dueño de las Bolsas de París y Londres. Ha sorprendido el secreto de enriquecerse y de triunfar; el mundo es suyo, y a él se rinden aristócratas, bolsistas, el «todo París», pocas veces francés. Su mujer, Ana María, no le ama. Se casó por salvar a su familia de la ruina. Brachard, en cambio, adora a su esposa, Ana María, naturalmente, tiene un amante. Al descubrir el adulterio, Jaime proyecta una venganza feroz. Se arruinará él para que su ofensor quede también en la miseria... Y surge el relato bíblico de Sansón que no vacila en morir para sepultar entre los escombros del templo a sus enemigos los filisteos.

Convengamos en que el caso de Brachard es muy distinto, y aquí lo ilógico de su condición espiritual. El enamorado de Dalila, muere; Brachard pierde su inmensa fortuna, pero ello ¿qué significa para un hombre acostumbrado a luchar y a vencer y que, además, conoce todos los resortes de la Bolsa y de las grandes empresas industriales? A poco que quiera, rehará su fortuna; volverá a ser millonario y dueño del París que todo lo supedita al dinero.

En semejantes condiciones el sacrificio de

Jaime Brachard es mucho menos de lo que allí aparece. ¡Si al menos se diera en sus procedimientos de triunfador mayor parte a lo aleatorio, al azar, al caso fortuito! ¡Si Bernstein nos informase que la riqueza se ofreció a su protagonista sin él buscarla, sin ambiciones y voluntad de vencer! Un hombre con fortuna heredada o bien con un concepto lógico y escolástico de lo que son la voluntad, el libre albedrío y las inconstancias e inconsecuencias de la suerte, justificaría mejor el título de la comedia de Bernstein y el sacrificio de su personaje central. Pero, entonces se contravendría el tópico de la voluntad invencible y no quedaba bien robusto uno de los fundamentos en que descansa el «teatro judío de expresión francesa».

Morano, que interpreta el Jaime Brachard a maravilla, no sabe (porque es imposible) ofrecer al espectador esta falta de lógica, y en las escenas del cuarto acto, en que interviene, vemos al hombre enérgico que ha de triunfar nuevamente y volver a ser rico.

Como todas las obras que tienen por eje el interés, la intriga, el ¿qué pasará?, *Sanson* pierde mucho cuando ya se conoce su argumento. Sin embargo, es de admirar la maestría en la técnica teatral y lo bien dispuesto de los actos y las escenas para conseguir el efecto deseado.

Sanson no resiste la lectura, en castellano menos que en francés. Es necesario oírlo a la luz de la batería, interpretado por un buen actor y una buena compañía que asegure el conjunto.

En París estrenó la pieza Lucien Guitry, que es un actor como hay pocos en Francia. Morano se adapta perfectamente al tipo, todo vigor, fortaleza y honradez, que el dramaturgo ha trazado. Creo, no obstante, que la escena del almuerzo con Legouvé, el amante de Mme. Brachard—debiera hacerse con más sobriedad de expresión y ademanes, aunque se traicionara el texto y la manera de estar tratadas aquellas situaciones por el autor. Claro que todo ello es menos real que teatral, tomada esta última palabra en su mal sentido, y el Sr. Morano no quiere ni tiene por qué, corregir al comediógrafo.

Amparo Fernández Villegas sacó todo el partido posible de su papel. Ana María no es mujer. Es únicamente una muñeca necesaria para que se produzca el conflicto dramático. Al bajarse el telón en el acto último nos quedamos sin saber qué clase de persona es Ana María.

Y ya que Morano muestra afición al teatro de allende el Pirineo y al repertorio de Guitry, padre, ¿porqué no se decide a darnos en nuestro idioma *La Massière*, de Lemaitre, verdadera joya de la dramaturgia francesa moderna?

El arte y los buenos aficionados al teatro se lo agradecerían profundamente.

LUIS ARAUJO-COSTA

RECUERDO HISTÓRICO DESPUÉS DE MONTE-MURU

III

GABINETE SAGASTA

El éxito de la acción de Oteiza y la maniobra de Vitoria, levantaron el abatido espíritu de la España liberal, pero no hicieron decaer lo preciso el ánimo faccioso que, sin tardar, hubo de lanzarse a la audaz correría de Calahorra atravesando el Ebro.

Sin embargo, estas pequeñas irrupciones, muy parecidas a las viejas cabalgadas que marcan la transición de la Edad Antigua a la Edad Media, duraban muy poco, volviendo los carlistas, siempre, al amparo de sus montes.

Así fué la expedición de Perula a Calahorra. Burlando la vigilancia de los jinetes del 1.º Cuerpo, vadearon los facciosos el Ebro, casi en seco por Rincón de Soto, donde tuvo lugar el paso, a la luz de la luna, en la noche del 24 de agosto. Entraron poco después en Calahorra, cuya guarnición, casi nula y sus moradores, mudos de espanto, ni pudieron, ni supieron defenderse. El 1.º 2.º y 7.º de Navarra y el 1.º y 2.º escuadrón se hartaron impunemente de botín, llevándose 79 prisiones, 300 fusiles, 25.000 duros y gran cantidad de paños. La estación de ferrocarril de Calahorra, vagones de mercancías que allí había y almacenes de material quedaron incendiados, destrozando los carlistas en su retirada en dirección a Lodosa, por donde repararon el río, rails, casetas y postes telegráficos.

Fué este un acto de verdadera osadía por parte del caudillo faccioso y al mismo tiempo un prodigio de movilidad de los soldados de Don Carlos. Hicieronlo todo en veinticuatro horas, recorriendo en este tiempo 90 kilómetros, de Estella a Calahorra y de Calahorra a Estella, y casi a la vista de 2 Cuerpos de Ejército enemigos que no supieron nada del suceso hasta después de realizado el hecho.

Cuando en persecución de los osados facciosos destacó el Ejército liberal, sobre el Ebro, algunas columnas, era ya tarde; sólo aspeados por la velocidad de la marcha, lograron hacer prisioneros.

Poco después, como el estado de la guerra en toda España adquiriese cada día mayor gravedad, a lo que había que añadir los nuevos desembarcos de pertrechos y municiones que para los carlistas se anunciaban, Zabala, una vez puesto en conocimiento de sus compañeros de Gabinete, entregó interinamente el mando en Jefe del Ejército de operaciones en Navarra y las Vascongadas, a D. Manuel de la Serna y marchó a Madrid con objeto de celebrar importante Consejo de Ministros.

Dice «La Ilustración Española y Americana» en su número del 8 de septiembre de aquel accidentado Verano: «La crisis ministerial que estaba latente en el Ministerio Español desde hace algún tiempo, manifestose en la mañana del 3, públicamente, cuando menos, al parcer, se

esperaba, sorprendiendo vivamente a los que no están iniciados en los misterios de la política.

»Llegó a Madrid en la mañana del 1 el General en Jefe del Ejército del Norte, que reunía a la vez los altos cargos de Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, asegurándose por unos, que venía decidido a presentar sobre el tapete la cuestión política, y por otros, que sólo se proponía poner en conocimiento de sus compañeros de Ministerio las operaciones que había efectuado en el Norte, las que proyectaba emprender en breve plazo y manifestar



El oficial hannoverino Schmidt, fusilado por los carlistas.

al propio tiempo el estado en que se encontraban las fuerzas de su mando y los refuerzos que creía necesarios para realizar sus planes contra los carlistas.

»Celebrosé Consejo de Ministros bajo la presidencia del Duque de la Torre y, según los pe-

riódicos oficiales, el Gobierno se dió por satisfecho con las explicaciones del general Zabala y le prometió no perdonar ningún género de sacrificios para terminar cuanto antes la Guerra Civil.

»Algún diario oficioso llegó a afirmar, en la noche del 2, que el General en Jefe del Ejército del Norte se disponía a regresar a Miranda en el siguiente día, mientras otro diario ministerial demostraba implícitamente, en un curioso artículo, que merecía muy poca fe aquella afirmación, y la verdad es que el general Zabala se presentó en la mañana del 3 en la Presidencia del Poder Ejecutivo y entregó al Duque de la Torre la dimisión de los tres elevados cargos que desempeñaba.

»El dimisionario conferenció en seguida con los Ministros de Gracia y Justicia e interino de la Guerra; celebraron Consejo a las tres de la tarde, bajo la presidencia del de Gobernación; presentaron todos sus respectivas dimisiones, y el Jefe del Estado, que las aceptó en el acto, confirió al Sr. Sagasta el encargo de formar nuevo Gabinete.

»Este encargo quedó cumplido fácilmente aquella noche, aceptando el General Serrano Bedoya la cartera de Guerra, el Sr. Alonso Colmenares la de Gracia y Justicia y el Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo la de Fomento, y quedando al frente de los demás ministerios los respectivos ministros dimisionarios.

»Dos son por tanto los nuevos ministros; el General Serrano Bedoya, antiguo militar que se le conceden dotes no vulgares de inteligencia, energía y actividad, tan necesarios en los hombres de gobierno para vencer las graves dificultades de la situación presente y el Sr. Navarro y Rodrigo, joven todavía, pero que puede mostrar con legítimo orgullo, una larga carrera de merecimientos y servicios, como distinguido periodista, autor de excelentes obras de historia, orador parlamentario intencionado y político leal intachable.

»Naturalmente, como sucede en toda modificación ministerial, algunos altos funcionarios han presentado la dimisión de los cargos que ejercen, entre ellos el General Rey, que desempeñaba la Capitanía General de Castilla la Nueva, habiendo sido nombrado para remplazarle el Teniente General D. Francisco Primo de Rivera.

»Finalmente, aun no está designada la persona que sustituirá al General Zabala en el mando del Ejército del Norte, quedando, por ahora, al frente del mismo, el General La Serna hasta que, según dice un periódico, en un Consejo de Ministros se acuerde la manera en que ha de ser organizado dicho Ejército; y añadimos que, a decir de otro diario «no será difícil que el ilustre Duque de La Torre vuelva a tomar una parte muy activa en la Guerra para terminar cuanto antes la lucha que desgarró a España».

La verdadera causa de este malestar político, de estos cam-



Regreso de tropas expedicionarias a Madrid.

bios ministeriales sin motivo claro y preciso estaba en la conspiración a favor del Príncipe de Asturias, cada día más notoria en el Ejército del Norte, y en la gran fuerza que el hijo de Doña Isabel II lograba de día en día en la opinión.

Y en tanto que ocurrían estos sucesos políticos de tan trascendental importancia y la Nación liberal entera admiraba a los bravos defensores de Puigcerdá en su heroica defensa contra las huestes facciosas de Cataluña; cuando el horrible bombardeo de la plaza y sus numerosos asaltos, siempre rechazados, eran animado comentario, evocando días inmortales de la Historia de España, y al propio tiempo el ánimo se entristecía con la nueva de la toma, por los carlistas, de La Seo de Urgel y el espectáculo de líneas férreas destrozadas, trenes precipitados por los barrancos, viajeros perseguidos a tiros, fusilamientos y vejaciones, los madrileños, siempre animosos, inauguraban, en la carretera de Aragón, su nueva Plaza de Toros, la del estilo mudéjar y de las 232 dobles ventanas de agimez, esbeltas columnas de hierro y calados arcos árabes, capaz para 12.000 personas y construída por los arquitectos Rodríguez Ayuso y Alvarez Capra.

Con el crepúsculo del 17 de Agosto y al estruendo de un ramillete de fuegos artificiales, cuyos múltiples colores iluminaron el obscuro espacio, terminaban los taurinos espectáculos de la antigua Plaza, situada en las afueras de la Puerta de Alcalá.

Iba a desaparecer para siempre el llamado «viejo pastelón», sobre cuya arena sangrienta lucieron su garbo y destreza, Pedro Romero, Pepe-Hillo y Costillarres, Montes, Curro Cúcharres y el Tato, y en sus mocedades, el gran maestro del toreo Rafael Molina (Lagartijo) y el bravo e insustituible espada Salvador Sánchez (Frascuero).

En la noche del 3 de Septiembre se exhibieron las moñas que habían de lucir los toros de la corrida inaugural, regaladas por distinguidas damas de la Sociedad elegante de Madrid. Al amanecer del 4 tuvo lugar el «encierro» y bien entrada la mañana la primera misa en la preciosa capilla de la nueva Plaza que oyeron con devoto recogimiento los lidiadores que habían de tomar parte en la corrida que debía de celebrarse aquella tarde.

Las localidades se revendieron, muchas, a precios para aquellos días exorbitantes, llegando a pagarse por palcos, delanteras de grada y tendidos, 4.000, 20, 80 y 60 reales respectivamente.

Presidió la corrida el Marqués del Sardoal, Alcalde de Madrid, ocupando el palco del Jefe del Estado el Duque de la Torre y los Ministros.

Tesoro de nuestra Literatura

LA TEMPESTAD Y LA CALMA

Yo ví del roxo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desaparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.

El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo y con espanto truena:

Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y a su luz primera
Restituirse alegre el claro día,

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dixé: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza a la fortuna mía?

JUAN DE ARGUIJO

La Plaza estaba rebosante, totalmente llena, constituyendo un cuadro de color genuinamente español.

El espectáculo dió principio a las tres, lidiándose 12 toros por los diestros Lagartijo y Frascuelo, Arjona Reyes y Bocanegra, Villaverde y Chicorro, Machío y Valdemoro, rompiendo plaza un berrendo en negro del Excelentísimo Sr. Duque de Veraguas.

La función fué a beneficio del Hospital Ge-



La condesa de Vilches, fallecida en Madrid en julio de 1874.

neral y los toros fueron regalados por sus ganaderos.

Los días 12 y 15 tenían lugar, en el Palacio de la Presidencia, la recepción oficial de los repre-



Inauguración de la actual Plaza de Toros, el 4 de septiembre de 1874.

sentantes de Alemania y de Austria, siguiendo pocos días después la del embajador de Bélgica. Los discursos de estos plenipotenciarios, todos, hacían constar el vivo deseo de sus respectivos gobiernos de que volviese a España la Paz, el Orden y la tranquilidad.

Carrozas y guarnés de la caída Casa Real de los Borbones, cuarto Militar y Civil del Jefe del Estado, vistosos uniformes, grandes bandas, entorchados y condecoraciones, guardia de honor y tropas formadas, nada faltó a estos importantes actos.

Al mismo tiempo que los Imperios de Guillermo I y de Francisco José reconocieron el Poder del Duque de la Torre, el Marqués de la Vega de Armijo, Alvareda y Rascón anunciaban habían presentado sus credenciales, en París, al Mariscal Mac-Mahon, a S. M. Fidelísima en Lisboa y en Berlín a Wilen I.

Iban pasando los días amargos de la Nación española que era, al fin, reconocida, otra vez, por las Potencias.

Mientras tanto el horizonte de Europa mostrábase obsuro. Corrían rumores de un próximo rompimiento entre Alemania y Francia, considerándose como fundamento de ello, la benevolencia con que el Gobierno de Mac-Mahon miraba la Causa del titulado Carlos VII, cuyas desmanes repercutían en el naciente Imperio Central. Pero el verdadero motivo de que otra vez pudiesen ensangrarse las márgenes del Mosela, era muy otro. El canciller Bismarck, considerando que la indemnización de guerra exigida a Francia después de Sedán no constituía su ruina, decidió atacarla de nuevo, y buscó el pretexto en la lucha civil de España, acusando a Francia de no cerrar debidamente el Pirineo a los carlistas que, en su manera brutal de hacer la guerra, llegaban a fusilar súbditos alemanes y hasta hacer fuego sobre barcos de la Marina de Prusia. «Cuidado—decía el Canciller de Hierro—mucho cuidado, porque la primer noticia que tendrán de nosotros esos galos, será el tronar de los cañones prusianos en Francia».

Por fortuna para la Paz de Europa, Inglaterra impuso su «veto» y Bismarck, con aquel gran sentido político admirable, cejó en su empeño.

Por otra parte Francia vigiló mejor después la frontera Pirenaica.

Como estas circunstancias y más todavía el reconocimiento de España por las Potencias era ruínosa para la Causa de D. Carlos, hubo el «Rey de las Montañas» de protestar airadamente en un manifiesto, plétórico de optimismos y de amenazas a España y a las naciones de Europa.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

Una poesía de Pastor Díaz EN LAS RUINAS DE ITÁLICA

¡También muere el sepulcro! ¡También murió la Historia!

Hasta en la tumba efímera se humilla nuestro ser:
Las ruinas son un sueño, su vida es la memoria:
Vida y memoria llegan los siglos a perder.

No ha mucho aquí se alzaron columnas a millares,
De un pueblo imperatorio severo panteón,
Las ruinas se acabaron: y mieses y olivares,
Rofaron a los muertos su postuma ilusión.

En choza convertido, donde el zagal se aloja,
El antro de las fieras del ancho circo está.

¡Itálica!...—responden los versos de Ríjola:—
e ¡Itálica los ecos no da responden ya.

Así de almas en ruinas, que florecieron antes,
Sólo recuerdos guarda la lúgubre mansión.
Evocad ¡ay!, su vida en páginas amantes,
No en la caverna muda del seco corazón.

NICOMEDES PASTOR DIAZ

Mundo Mundillo...

EN San Sebastián se ha celebrado durante los pasados días, el concurso internacional de *Tennis* que ha tenido este año excepcional importancia por participar en él jugadores tan famosos como Mlle. Lenglen, M. Borotra, Mademoiselle Lecompte y Mme. Clein.

El resultado de las pruebas, que fueron presenciadas por las personas reales fué el siguiente:

En el campeonato internacional, el premio de honor y copa de S. M. la Reina, correspondió a Mlle. Lenglen; el primer premio, a Mme. Lecompte, y el tercero, a Mme. Clein Le Besnerais.

Campeonato de España. Simple de caballeros. Premio de honor y copa de S. M. el Rey, conde de Gomar; primer premio, don Eduardo Flaquer.

Doble de caballeros: premio del Ayuntamiento, conde de Gomar y don Eduardo Flaquer; segundo, Jean Borotra y Edmond Borotra.

Campeonato de San Sebastián. Doble de señoras: premio de la Diputación, Mlle. Lenglen y madame Les Besnerais; segundo, Mlle. Fleichs y Gomar.

Parejas mixtas: premio de honor de S. M. la Reina Doña María Cristina, Mlle. Lenglen y don Eduardo Flaquer; primero, señorita Bertrán de Lis y conde de Gomar; segundo, Mme. y M. Le Besnerais; tercero, de la condesa viuda de Casa Valencia, señorita de Gomar y don Carlos Satrustegui.

Handicap de parejas de caballeros: primer premio, don Carlos Morea y don J. María de Tejada; segundo, don Luciano Bordous y don Ignacio Satrustegui; tercero, don Jesús Jaurrieta y don Antonio Satrustegui.

Handicap de parejas de señoras: primero, señoritas de Satrustegui y Muguero; segundo, señorita Freichsner y señorita de Gomar.

Handicap de parejas mixtas: gran premio del Casino: primero, señorita de Muguero y don C. Satrustegui; segundo, señorita Gomar y señor Freichsner, y tercero, señorita G. Satrustegui y señor B. Padillas.

Handicap individual de señoras: primer premio, de la condesa de Güell, señorita Freichsner, segundo, del Club Cantábrico, señorita de Gomar; tercero, del presidente de la Diputación, señorita de Satrustegui.

Handicap individual de caballeros: primer premio, del Círculo Easonense, señor Polea; segundo, del S. N. C., señor Satrustegui; tercero, del conde de Artaza, don J. M. de Tejada.

Clase B.: primero, del S. N. C., señor Ortuestegui, y tercero, del S. N. C., señor Lyon.

VARIOS han sido los felices alumbramientos que nos complacemos en registrar.

La condesa del Valle de Orizaba, hija de la marquesa del Pozo Rubio, y política de los condes de la Quinta de la Enjarada, ha dado a luz, felizmente, un niño en San Sebastián; se encuentra perfectamente.

En la misma población ha tenido una niña la señora doña María Teresa Guardamino y Hompanera, esposa de don José Manuel de Brunet.

La marquesa de Bondad Real, hija de la marquesa viuda de Pidal, ha dado a luz con felicidad también, una niña a la que en la pila bautismal se le ha impuesto el nombre de Teresa.

La señora de Comyn (nacida Ana María Avial), ha dado a luz un hermoso niño, encontrándose muy bien madre e hijo.

Felizmente asimismo ha tenido un niño la señora doña Rosario Patiño y Losada, esposa de don José Márquez y Castillejo e hija política de los condes de Paraíso, marqueses de Montefuerte; y otro niño, la señora doña Rosario Moreno Luque, nieta de la marquesa viuda de Luque y esposa del diputado a Cortes don Rafael Sánchez Guerra, hijo del jefe del partido liberal conservador.

Al recién nacido se le ha impuesto el nombre de Miguel Ángel.

En Coruña ha dado a luz una hermosa niña la marquesa de la Atalaya y en Budapest, hace pocos días, una niña, la baronesa de las Torres, hija de la señora viuda de Despujol, y esposa del secretario de nuestra Legación, don Luis Alvarez Estrada.

El ilustre cronista y querido amigo nuestro don Eugenio R. de la Escalera (*Monte-Cristo*), ha solicitado la jubilación como funcionario del Estado, donde desempeñó últimamente el puesto de jefe de Administración de primera clase.

Don Eugenio R. de la Escalera es diputado provincial, licenciado en Derecho y está en posesión de la gran cruz de Isabel la Católica.

Empezó a servir al Estado como oficial en el ministerio de Fomento, desde donde pasó al de Ultramar, después a la presidencia del Consejo y, por último, al ministerio de Hacienda.

No hay para qué añadir que formulamos nuestros votos más sinceros para que el ilustre cronista del gran mundo goce por tiempo indefinido de su bien merecido descanso.

Notas de pesame

LA vida ofrece constantemente tristes coincidencias y fuertes contrastes. Así, en el mismo ejemplar que tienes, lector, entre las manos, hallarás dos notas opuestas que la casualidad ha hecho que aparezcan ahora juntas; en la segunda página, unas cuartillas y unos versos deliciosos de doña Matilde Ribot de Montenegro en honor de una encantadora muchacha que, llena de juventud, triunfa en la vida; en las líneas subsiguientes a estas, hemos de enviar a nuestra distinguida colaboradora el testimonio más sincero de nuestro dolor por la desgracia de familia que, dos días después de enviarnos sus cuartillas, le sorprendió en su residencia veraniega de El Escorial.

Allí, rodeada de afectos, falleció su abuela, la señora doña Matilde Galainena y Castro Palomino, viuda del general Van Halen, de grata memoria.

Era la finada una distinguida dama, muy estimada en la sociedad madrileña, donde brilló en su juventud por su ingenio y su extraordinaria belleza.

Había llegado a edad muy avanzada, conservando hasta hace muy poco tiempo un vigor verdaderamente notable.

Crea su hija la señora doña Ana Van Halen viuda de Ribot, lo mismo que su nieta Matilde y el marido de ésta, el catedrático de la Escuela de Ingenieros de Minas, don Antonio Montenegro e Irisarri, que tomamos parte muy directa en su dolor y que, con ellos, lloramos la irreparable pérdida.

EN la Granja ha fallecido el distinguido capitán de Caballería don Jenaro Carvajal y Quesada, hijo de la condesa viuda de Aguilar de Inestrillas y hermano del conde actual, marqués de Miravalles. Su muerte ha sido profundamente sentida por la sociedad madrileña, en la que goza tan justas y generales simpatías toda su ilustre familia.

A su madre la condesa viuda de Aguilar de Inestrillas y a sus hermanos el conde de este título, la marquesa de Valdefuentes, la señora de don Joaquín Santos Suárez y la señorita doña Carolina Carvajal y Quesada, dama particular de la Reina Doña Cristina, acompañamos en su dolor.

CALZADOS "DARSS"

Son buenos.

Sus precios, moderados.

Fernando VI, 12

Bodas

EN Polonia se ha celebrado la boda de la bella condesa Carolina Zamoiska, hija de los condes Andrés Zamoiski, de ilustre familia polaca, con S. A. el Príncipe Don Raniero de Borbón, hijo de los condes de Caserta y hermano del Infante don Carlos.

Con objeto de apadrinar el matrimonio, se trasladó de su residencia de Cannes a Polonia, Su Alteza la Condesa de Caserta, acompañada de sus hijos la Princesa Josefa y el Príncipe Felipe.

Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII se dignó hacerse representar en la ceremonia como testigo.

Como es sabido, el Príncipe Raniero es el octavo de los hijos de su Alteza Real el Conde de Caserta, Príncipe Alfonso de Borbón (hijo del Rey de las Dos Sicilias, Fernando II) y de la Princesa Antonieta de Borbón Sicilia. Nació don Raniero en Cannes el 3 de Diciembre de 1883. Es capitán honorario del regimiento español de Caballería de Húsares de la Princesa y Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro.

Los demás hermanos del Príncipe Raniero son Sus Altezas Reales los Príncipes Fernando, Duque de Calabria, casado con la Princesa María de Baviera; Carlos, Infante de España, que lo está con la Infanta Luisa; María Inmaculada, esposa del Príncipe Juan Jorge de Sajonia; María Pia, casada con el Príncipe Luis de Orleans Braganza; María Josefina, Jenaro, Felipe, casado con la Princesa María Luisa de Orleans, hija de los Duques de Vendôme y Gabriel.

HA constituido en San Sebastián un grato suceso la boda, celebrada en la Iglesia de Santa María, de la señorita Marichu Aguirrebengoa, una de las más bellas muchachas de la sociedad donostiarra, con el joven ingeniero don Ramón Peironcely. Fueron padrinos la abuela de la novia, señora viuda de Guereca, y el padre del novio, director adjunto de la Compañía de Ferrocarriles del Mediodía, y asistió numerosa y distinguida concurrencia.

Los novios salieron para Francia, Suiza e Italia.

PARA el día 4 de Octubre se ha fijado la boda de la señorita María de Ponsich y de Sarriera, de ilustre familia catalana, con el capitán de Caballería, don Juan de Suelves y de Goyeneche, primogénito de los marqueses de Tamarit.

Se celebrará la ceremonia en Barcelona. También será en breve la ceremonia del matrimonio de la señorita María Josefina Martínez Avellanosa y Llaguno, hija del diputado provincial don Gonzalo, con el oficial de Infantería don Carlos Navarro Morenes, hijo de los barones de Casa-Davalillo.

HA sido pedida la mano de la señorita Soledad Martínez Pardo y Martín, hija del senador del mismo apellido, para el joven doctor en Medicina y conocido odontólogo señor de la Riva-herrera.

La boda se efectuará en breve. En San Sebastián han pedido también los marqueses de la Paz, para su primogénito el joven abogado don José María de Amilibia y Machimbarena, la mano de la señorita Luisa Periquet y García de los Ríos.

EN San Juan de Luz donde residen sus padres, los señores de Lardizábal, ha sido pedida la mano de la encantadora señorita María Luisa Lardizábal de Silva para el conde de Barneux, de aristocrática familia francesa.

La novia es nieta del difunto conde de Pie de Concha—de la ilustre Casa de los marqueses de Santa Cruz—y sobrina de S. A. la Duquesa de Talavera.

La boda será, seguramente, un grato acontecimiento.

También se anuncia para en breve el casamiento de la señorita Luisa Pamplona Lidia para don Fernando de Arteché, de distinguida familia donostiarra.

-EL PAÍS DE LAS TORMENTAS-

No habéis oído hablar del «Nuberu»?

Los asturianos llaman así al señor de las tormentas, conocido bajo distintos nombres en los diferentes países del globo.

El «Nuberu» dirige los nublados, desata los pedriscos, organiza las lluvias y nos manda los truenos. A lo mejor, salís al campo de merienda o a retozar sobre los haces de trigo rubio, y cuando estáis más divertido, ¡prurrrum pum pum!, estalla la tempestad.

Es el «Nuberu», que ha llegado a lomos de una nube, y que se frota las manos al veros correr de acá para allá, buscando un árbol, una mata, un refugio cualquiera.

¿Sabéis ya a quien me refiero?

Pues bien; un día Felipín, muchacho valeroso y decidido, habiendo oído decir que muchas veces desde el pico de una montaña puede observarse cómo descarga un nublado a los pies del alpinista, decidió ver la cara al «Nuberu» y, a ser posible, cortarle la cabeza con su cuchillo de monte.

Efectivamente, una mañana muy tempranito, hupa, hupa, hupa, se subió a un picacho de la sierra; sentóse en la peña más alta; sacó el desayuno, y esperó.

Por su derecha vió avanzar una nube parda y amenazadora.

Venia más baja que él, soplando, cual si el «Nuberu» hinchase los carrillos hasta hacerlos estallar.

Felipín afiló su cuchillo.

—¡Ahora veremos quien puede de los dos!—exclamó sin miedo.

Pero la nube se iba extendiendo más cada vez, hasta envolverle en un mar de gasas.

—¡Esto es luchar con ventaja, amigo mío!—gritó nuestro héroe.

Entonces sintió que por la boca y narices se le metía un olor a azufre insupportable.

—¡Ah, bandido! ¡Luchas con gases asfixiantes, porque no te atreves cara a cara...!

No pudo terminar; le faltó el aliento y cayó.

Más no creáis que cayó al fondo del barranco, donde se habría hecho añicos, sino blandamente, muy blandamente, en los hercúleos brazos de «Nuberu».

El señor de los granizos, apenas recibió a su rival, saltó a lomos de otra nube de aire y desapareció en muchas leguas a la redonda.

Cuando Felipín abrió los ojos, ¿dónde diréis que estaba?

Pues estaba nada menos que en El País de Las Tormentas, y en el mismísimo palacio del mismísimo «Nuberu».

A su alrededor, cinco muchachos con el cuerpo cubierto de escamas y los ojos azules, muy azules, como formados con remiendos de cielo, le miraban embozados.

—Oye, oye—decía uno—¿Nos lo habrá traído papá para que nos lo comamos?

—Lo sentiría—agregó otro—porque a mí no me gusta la carne de explorador.

—Pues pelándole bien, está muy rico—saltó el tercero.

En esto se apareció una viejecita, con un enorme paraguas rojo en la mano.

F R E Y A

LA SUGESTIVA DIOSA DE LA JUVENTUD PERENNE, HA SERVIDO DE NOMBRE A UNOS NUEVOS POLVOS DE ARROZ, LLAMADOS A ALCANZAR ENTRE LAS SEÑORAS EXITO DEFINITIVO.

NO SOLAMENTE POSEEN PROPIEDADES INSUPERABLES DE FINURA, AROMA Y ADHERENCIA, SINO QUE SE FABRICAN EN DIVERSOS TONOS, PARA QUE SIRVAN ESPECIALMENTE A CADA UTIS.

BLANCOS-ROSA, 1 Y 2.—RACHEL, 1 Y 2.—MORISCOS Y MALVA. ESTOS ULTIMOS SON DE SORPRENDENTES EFECTOS CON LUZ ARTIFICIAL Y DE EXITO SEGURO EN TEATROS, RECEPCIONES, BAILES, ETC.

PRECIO: 3,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA"

Era la mujer del «Nuberu», que volvía de la compra.

—¿Qué hace este humano en mi casa?

—preguntó malhumorada.

—Nos lo ha traído papaito anoche, —respondieron los niños.

—¡Como si fuéramos pocos aún! Ya le diré yo a vuestro padre lo que haremos de él apenas llegue.

Felipín escuchaba todo sin abrir los labios; pero en su interior presentía un desenlace funesto.

Conque lo metieron en un rincón de la cocina, mientras la vieja ordenaba a sus hijos que trajeran unos rayos para encender la lumbre.

Los niños obedecieron; pero al registrar el depósito de las centellas no encontraron ni una.

—¡Se las ha llevado todas papá!

—¡Eso es bueno!—rujió la mujer—Se conoce que deseará destruir toda la tierra.

—¿Y qué comeremos ahora?

—Nada, porque para frío, bastante tenemos ya en los huesos con el oficio maldito del «Nuberu».

—¡Pues yo quiero algo caliente!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Exclamaron los chicos, rompiendo a llorar.

—¡Por vida del...—dijo la madre.—Si encontrara una chispita de lumbre, sería capaz de dar por ella todo cuanto me pidieran, por difícil que fuese.

Entonces Felipín tuvo una idea feliz.

—¡Aquí hay fuego!—gritó—, sacando del bolsillo un encendedor de lata.

—¡Pruébalo y te perdonaremos!—propuso la vieja.

—No basta.

—Y te bajaremos a la tierra.

—No basta.

—Y te dejaremos en tu misma casa.

—No basta.

—Y te daremos rayos de sol, que valen más que el oro.

—No basta.

—¿Pues qué más deseas por tu mechero?

—Deseo que solo se presente el «Nuberu» sobre mi pueblo cuando le necesitemos y yo le llame.

—Concedido.

—Deseo también que cuando soplo, en lugar de nubes de polvo antihigiénico y molesto, se levanten nubes de polvos «Freya», ultra-impalpables y deliciosos.

—Concedido.

—Deseo, asimismo, que cuando llueva, en vez de agua vulgar, deje caer exquisita Agua de Colonia «Flores del

Campo».

—Concedido.

—Y deseo, por último, que cambie las bolas heladas del pedrisco por pastillas del supremo jabón «Flores del Campo», perfumado y detergente.

—Concedido.

Conque hicieron el trato: Felipín sacó llama a su encendedor, animó la lumbre y poco después bajaba a su pueblo tumbado sobre el colchón de una nube más blanca y suave que la tez con la Crema «Flores del Campo», de Floralia.

Y esta es la verídica historia de Felipín y del «Nuberu».

PRÍNCIPE SIDARTA.

No dejéis de usar la magnífica loción

SUDORAL
creación de la perfumería
FLORALIA

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO

IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJELLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CAPROCIERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
IGOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID — Teléfono J. - 729.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ostolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONGIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscrito.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.



TELEFONO 29-51

CUENTOS EXTRANJEROS

"SUSPIROS DE OTOÑO", POR MAURICIO MONTEGUT

DIEZ jóvenes y diez muchachas bailaban en el salón al compás de los vales que iba tocando un caballero sentado al piano.

Todos estaban muy alegres y ninguno de ellos pensaba en aquel instante en las futuras decepciones del porvenir.

Y yo, entrado ya en años, recordaba con pesar mi perdida juventud y contemplaba con envidia a aquellos seres tan felices y tan satisfechos.

Entre ellos me había llamado la atención un joven de expresiva fisonomía, que por cierto bailaba admirablemente.

Cuando el piano comenzó los primeros compases del insípido vals que lleva por título *Suspiros de otoño*, vi que el tal sujeto se alejaba de los grupos y que en busca de soledad se sentaba en una butaca en el fondo de una sala, en la que no había nadie en aquel momento.

El piano seguía ejecutando los *Suspiros de otoño*, y sin vacilar me acerqué al desconocido, al cual pregunté:

—¿No baila usted más?

—Por ahora, no, señor. Ese vals no lo bailo nunca.

—¿Quiere usted que le diga por qué?

—No es posible que lo sepa usted. Nadie lo sabe más que yo.

—Es posible. Pero usted no baila ese vals porque le recuerda una antigua aventura, cuyo recuerdo le entristece. En todas cuantas melodías oímos, encontramos un recuerdo que no siempre es satisfactorio porque nos evoca cosas muertas que no han de revivir jamás. En ese caso se halla usted esta noche, y aunque quisiera usted negarlo, no me lograría convencer.

—No lo niego, y confieso que tiene usted razón.

Y después, como movido por la necesidad de revelarme su secreto, me contó la historia de su aventura.

—Sí, señor—añadió—le conocí el año pasado, en un establecimiento balneario inmediato al mar. La orquesta del Casino tocaba con frecuencia ese vals, que infinidad de veces bailé con ella. Era nuestro vals preferido, y cuando lo oíamos nos parecía que nos amábamos mucho más. ¿Cree usted, caballero, que los juramentos de amor pueden dejar de ser sinceros?

Dábamos grandes paseos por la playa y por los jardines, y en los primeros tiempos hablábamos de todo, no atreviéndonos a hablar de nosotros mismos.

Aquella criatura era una mujer muy inteligente e instruida y tenía nociones de historia, de literatura, de filosofía y de no sé cuántas cosas más.

Hablamos extensamente de todas estas materias, y cuando abordamos el tema del amor nos entendimos a medias palabras y guardando silencio en muchas ocasiones. Quién me hubiese dicho entonces que debía dudar de ella, me habría parecido un ser odioso y despreciable.

En aquel país, en aquella población, en cada casa, en cada rosa, hay para mí un recuerdo de aquella mujer. No volveré jamás a visitar aquella tierra, donde me sería imposible la existencia. ¡Sepa usted que, a pesar de nuestros juramentos, al cabo de tres meses se casó sin acordarse de mí, y me han dicho que es feliz!... ¿Comprende usted ahora la extensión de mi infortunio?

La aventura no tenía para mí nada de particular; pero como no ocurría lo mismo con respecto a quien había sido víctima de ella, no tenía derecho a reírme.

Admiré una vez más el egoísmo individual, y sin hacer gala de mi experiencia me limité a compadecer a mi interlocutor.

—Con efecto—le dije—es muy triste que ciertas mujeres mientan y olviden tan pronto. Pero quizá no son tan culpables como a primera vista parece. Para apreciarlas en su justo valor sería preciso saber lo que pesan sus almas. Hay almas frívolas, hasta en presencia de los asuntos más

graves, que consideran la vida como una comedia, sobre todo en materia de amor.

Por tanto, no es de extrañar que las mujeres superficiales se despojen de la pasión que han fingido apenas ha desaparecido la decoración, como una actriz deja su papel al quitarse el traje que viste.

La mujer a quien usted ha amado o creído amar, se hacía sospechosa a causa de su ilustración. Las almas sencillas se suelen enamorar de veras porque se muestran indiferentes ante los dramas de la historia, las variedades literarias y los problemas filosóficos. Lo temible hoy día en las jóvenes es la facilidad con que hablan de todo sin decir nada, y demuestran que son capaces de remover ideas para probar que saben bien lo que han aprendido.

Pero sobresalen, en cambio, por su sinceridad. El amor es una flor silvestre que muere agostada por otras flores inmediatas en los terrenos demasiado cultivados.

Y ahora, oiga usted un consejo: Vuelva usted al país del Paraíso perdido. La primera vez que pase usted por ciertos sitios, experimentará usted una emoción profunda y en extremo dolorosa. Pero la segunda se amenguará el dolor, y me atrevo a asegurar que al cabo de poco tiempo pensará usted en otra cosa y quizás en otra mujer.

—¡Eso nunca!—exclamó el melancólico joven.

—¡Calmal! ¡Calmal!... No hay quien no tenga en su vida su vals de los *Suspiros de otoño* y otros análogos que le recuerden algo memorable de su existencia pasada. Crea usted que no faltarán nuevos compositores que escriban nuevos *Suspiros de otoño*, que bailará usted mismo con nuevas mujeres, a las que amará con locura, y cuyas fidelidades o perfidias causarán la felicidad de usted o su desgracia. Y todo seguirá girando por el espacio con la tierra.

A lo lejos se oían los últimos compases del vals.

El joven se levantó, se encogió de hombros y me dijo:

Quisiera creerle a usted... pero no puedo.

Sin embargo, al cabo de cinco minutos, cuando el piano comenzó a tocar otro vals, se acercó a una joven y la invitó a bailar.

Estoy convencido de que, si de común acuerdo las orquestas de los bailes, los pianos de los salones y los órganos callejeros suprimiesen de su repertorio el vals de los *Suspiros de otoño*, podría esperarse la rápida y completa curación de ese padecimiento, que no tiene, por decirlo así, más que un alcance puramente musical.

LA VILLA MOURISCOT

— CASA BALDUQUE —

Bombones selectos

Helados :- : Salón

-:- :- de te -:- :-

Serrano, 28

FÁBULAS ESPAÑOLAS

LA MODESTIA

Por las flores proclamado rey de una hermosa pradera, un clavel afortunado dió principio a su reinado al nacer la primavera.

Con majestad soberana llevaba y con regio brio el noble manto de grana, y sobre la frente ufana la corona de rocío.

Su comitiva de honor mandaba, por ser costumbre, el céfiro volador, y había en la servidumbre hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa, porque también era uso, quiso una flor para esposa, y regimiento dispuso elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley, y porque causa delicia en la numerosa grey, pronto corrió la noticia por los estados del rey.

Y en resuelta actividad cada flor abre el arcano de su fecunda beldad, por prender la voluntad del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas engalanarse se veían con harta envidia, dispuestas a ver las solemnes fiestas que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla; el rey, admirado, duda, cuando ocurrese sencilla vió una tierna florecilla entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor de su corona le inquietaba, preguntale con amor: —¿Cómo te llamas?— Violeta, dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa, y no luces tus colores, violeta, dulce y medrosa, hoy que entre todas las flores va el rey a elegir esposa?—

Siempre temblando la flor, aunque llena de placer, suspiró y dijo: —Señor, yo no puedo merecer tan distinguido favor.—

El rey, suspenso la mira y se inclina dulcemente. Tanta modestia le admira; su blanda esencia respira, y dice alzando la frente:

—Me depara mi ventura esposa noble y apuesta: sepa, si alguno murmura, que la mejor hermosura es la hermosura modesta.—

Dijo, y el aura afanosa publicó en forma de ley, con voz dulce y melodiosa, que la violeta es la esposa elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas; ambos esposos se dieron pruebas de amor manifiestas; y en aquel reinado fueron todas las flores modestas.

SELGAS

RESIDENCIAS MADRILEÑAS EL PALACIO ENCANTADO



CUANTAS personas, madrileñas o no, pasan por la plaza de Cibeles, hoy de Castelar, no tienen más remedio que extrañarse de ver siempre cerrado a piedra y lodo el elegante palacio que forma la esquina del paseo de Recoletos con la calle de Alcalá. La vida que dan a la hermosa plaza, en un lado el Banco de España, y en otro el edificio de Comunicaciones, contrasta con la quietud que en las esquinas opuestas presentan los solitarios jardines que dan acceso al ministerio de la Guerra y los cerrados balcones y puertas de dicho palacio, que no parece sino que está encantado y espera el poder de una varita mágica para despertar.

¿Qué palacio es? ¿Por qué está mudo y triste, cuando ante él desfila siempre lo más animado de la población?

La explicación es sencillísima. Este palacio, uno de los más ricamente alhajados y más artísticamente decorados de Madrid, es el que fué conocido, durante muchos años, con el nombre de «Palacio de la Murga», y ahora, más corrientemente, con el de «Palacio de Linares». Fué construido por el inolvidable don José de Murga Reolid Anichilena y Gómez, marqués de Linares, de quien luego hablaremos, y en él se celebraron brillantísimas fiestas. Cuando el marqués murió en 1902, a los cinco meses de fallecer su esposa, pasaron el marquesado de Linares y el vizcondado de Llanteno a dos de sus sobrinos: don Antonio Martín Nevot y Murga, que está casado con doña N. Montis, de cuyo matrimonio nacieron varios hijos, dos de ellos ya casados, y don Eduardo de Murga y Goicoechea. Pero la fortuna, que, al fallecer el marqués, se calculaba en unos treinta millones de pesetas, fué repartida, en virtud de su testamento, entre estos próximos parientes, varios Asilos e Instituciones benéficas, y la señorita doña Raimunda Avevilla, ahijada de los marqueses, que vivió con ellos durante muchos años. A ésta le correspondió el palacio de la plaza de Castelar, del que es actualmente su propietaria. *Mundita* Avevilla, como le decían familiarmente sus íntimos, siendo soltera, casó con don Felipe Padierna de Villapadierna y Erice, conde de Villapadierna, hermano del actual marqués de Muñiz y de las marquesas de Padierna y Erice. Por motivos de salud, los condes de Villapadierna residen la mayor parte del año en Málaga, y sólo vienen a Madrid en muy contadas ocasiones. De ahí que su palacio esté siempre cerrado.

Suntuoso hemos dicho antes que es, y, en realidad, no hay hipérbole en la afirmación. Los marqueses de Linares, matrimonio ejemplar, cuyas virtudes principales eran la modestia y la caridad, construyeron este hermoso edificio sin omitir gasto alguno, protegiendo así a numerosos artistas y dando, durante muchos meses, trabajo a una porción de obreros. Tan verdad era su modestia, que, una vez terminado el palacio y trasladados ellos a él desde su antigua casa de la calle Mayor, ocuparon, para habitar, el piso segundo, que estaba sin alhajar y como dedicado a servidumbre, abriendo solo las estancias de los pisos bajo y principal para las fiestas espléndidas que organizaron en honor de las personas Reales y la sociedad madrileña. Tanto aquí como en Linares, Alhama, Paracuellos, Zarauz y otros sitios que frecuentaban, en donde tenían propiedades, eran adorados. No cesaban de prodigar el bien, y prueba bien clara de sus sentimientos

piadosos, es que dos terceras partes de su renta la invertían en obras de caridad. La marquesa, doña Raimunda Osorio y Arteaga, dama llena de virtudes, poseía uno de los más ricos guardajoyas de Madrid, y apenas lució sus prendas en tres o cuatro fiestas; gustaba más de emplearlas para adorno de las Vírgenes de su oratorio particular, cuyas sienes ceñía con sus diademas y cuyos mantos hacía bordar con su valiosa pedrería. Matrimonio compenetrado en ideas y en sentimientos, mereció el dictado, como pocos, de «padres de los pobres». En la calle de las Torres, hoy del Marqués de Valdeiglesias, tenía el marqués sus oficinas, a las que acudían los menesterosos de Madrid en tal número, que tenían que formar cola por la calle de las Infantas, y producían, a veces, verdaderos tumultos. En esta misma casa se hallan ahora las oficinas de la «Fundación Linares», que funciona, con fondos dejados por el marqués en su testamento, para proporcionar matriculas y libros y costear determinadas carreras a estudiantes necesitados, y para pagar títulos académicos de muchachos que hayan terminado brillantemente sus estudios y no tengan dinero para sacar aquéllos.

Tales fueron los marqueses de Linares, cuyo nombre perdurará en Madrid entre bendiciones. A ellos se debe la construcción de este palacio encantado en la plaza de Castelar, que suscita a diario la curiosidad de los paseantes.

Pero hablemos del palacio. Su fachada principal que forma el chaflán, recuerda algo el estilo francés y es elegante de líneas, dentro de una severidad de concepción. Detrás del edificio hay un jardín, que ahora da un poco la sensación de abandonado, con algunas estatuas de piedra.

En el interior del palacio, dos son los pisos decorados a todo lujo: el bajo, que sus dueños llamaban entresuelo—por ser la planta de sótanos habitable,—y el principal. En el primero están los salones, la biblioteca y el despacho que fué del marqués. La biblioteca es una estancia amplia, con magnífica luz y con muebles muy cómodos. Las estanterías, llenas de libros, pregonaban las aficiones literarias del marqués y su amor a la cultura. De los salones, son los principales el de baile, el Luis XIV y el de billar.

Se halla inspirado el salón de baile en la severidad de líneas del Renacimiento, y su decorado responde a aquél criterio que sólo admitía, artísticamente, lo sencillo y lo correcto. El de Luis XIV, en cambio, está decorado con arreglo a este estilo brillante y cortésano. El techo, pintado por Domínguez, es una alegoría de *La Poesía y la Música*. Toda la decoración es un derroche de lujo. Los *panneaux* de las paredes son de raso habana claro, bordados con sedas de colores. Las telas de los cortinajes son de brocado tejido con los mismos dibujos de los *panneaux*. Grandiosos espejos, coronados de bucles de oro, adornan las paredes, y sillones de nogal tallado se alinean alrededor de la estancia. En el centro se halla un *borne* o diván, compuesto de cuatro sofás—con jardineras en los intermedios,—y coronado por una estatua plateada que soporta un haz de luces. Otras estatuas análogas, y varios candelabros, completan la iluminación.

El salón de fumar tiene las puertas de caoba tallada, y el techo de artesones figurados por medallones con pinturas. Una chimenea de serpentina, con su juego de reloj, da frente al *credence*, especie de bargeño de estilo Renacimiento, en el que el marqués tenía siempre un arse-

nal de cigarrillos. La inmediata sala de billar tiene paredes y divanes forrados con brocados de tonos azules.

En este mismo piso entresuelo se hallan los que fueron alcoba del marqués, *boudoir* de la marquesa, alcoba principal, tocador, cuarto de baño y comedor, y uniendo unas y otras habitaciones, una preciosa «galería baja», adornada con banquetas de caoba forradas con tapiz de Aubusson, con figuras escultóricas de mármol y con una acertada reproducción de la *Baigneuse*.

La alcoba del marqués, tapizada de brocatel color oro viejo, tiene en su techo una magnífica pintura de Plasencia, titulada «El tocador de Venus». La cama es de palosanto, estilo Luis XVI. Una chimenea de mármol violeta de Italia, y una mesa de época con un grupo en bronce, titulado «Confidencia», forman el principal adorno.

En la alcoba principal se reproduce el estilo Luis XVI. La pintura del techo, también del señor Plasencia, representa «La noche», simbolizada por una hermosa figura de mujer envuelta en manto negro y recostada en una nube. La cama es una joya. Está construida de palo de rosa y amaranito, con adornos de bronce cincelado. Tanto las colgaduras de la cama como las paredes y muebles, están revestidos por una tela de chupa de color rosa pálido, que recuerda las clásicas casacas de la época de Carlos IV. Una serie de magníficos espejos, dos cómodas de la misma madera que la cama, una chimenea de mármol, un cuadro con una cabeza de Cristo, de Cleringer; dos *secretaires* y otros ricos muebles, forman el complemento apropiado de la cama.

Pasando el *boudoir* de la marquesa, admirase el techo, pintado por Ferrant, que representa «El genio de las Artes», y es una de las mejores obras de aquél. Muebles y muros se hallan decorados con telas de un color rosa pálido.

En una vitrina, ricos *bibelots*, y sobre una chimenea de mármol azul turquesa, un juego de Sevres. La habitación del tocador tiene el mismo estilo Luis XVI, con telas color celeste. El tocador se haya coronado con un espejo suntuoso, y la chimenea es de mármol de Carrara. El cuarto de baño, de mármoles blancos de Italia y oscuros de los Pirineos, tiene la pila labrada.

En cuanto al comedor, su techo es obra de Gessa, y en los muros ostenta zócalos de nogal y tapices de Aubusson, representando fábulas de Lafontaine. Todo el mobiliario es de nogal.

Del piso principal, lo más notable es la «Galería pompeyana», cuya decoración fué un completo acierto de Ferrant. Flores, frutos, paisajes, geniecillos corriendo, acróbatas y bayaderas... Toda la gama de este arte tuvo allí feliz reproducción. En los extremos de la galería había dos estufas, donde la marquesa cuidaba las más delicadas y raras plantas.

En este mismo piso, están: otro comedor, decorado en estilo Renacimiento, la sala de confianza, en la que hay, entre otros cuadros, un «Tocador de guitarra», de Villodas, y «El vaso de agua», de Plasencia; el «recibo de arriba», en estilo Luis XVI, en el que se destaca una mesa de ónix de Argelia; el «dormitorio azul», donde hay dos camas de ébano y un precioso mobiliario de la misma madera, y otro tocador, cobijado por un techo pintado por Villodas.

Esto y mucho más, que los límites de una crónica no permiten apuntar, guarda el encantado palacio de D. José de Murga.

ITURRALDE.